

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

AL SERVICIO DE UNA VIDA MÁS HUMANA

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA-PASCUA, 1992

SUMARIO

INTRODUCCIÓN (n. 1)

Nuestra intención (n. 2)
Estructura de la Carta Pastoral (n. 3)

I.- AMBIGÜEDAD DE LA CULTURA ACTUAL DE LA VIDA (n. 4)

La vida humana, entre el respeto y la agresión (n. 5)
La calidad de vida: una meta ambigua (n. 6)
Exaltación de la salud y fomento de la vida insana (n. 7)
Entre la irresponsabilidad y la idolatría de la salud (n. 8)
El crecimiento de la agresividad destructiva (n. 9)
Búsqueda de placer y apatía ante el sufrimiento ajeno (n. 10)
El riesgo de vivir en una sociedad patógena (n. 11)

II.- INTERROGANTES Y PREOCUPACIONES (n. 12)

El valor de la vida (n. 13)
¿Qué vida? (n. 14)
¿Qué clase de salud? (n. 15)
¿Vida humana o simple bienestar? (n. 16)
¿Qué hacer con el sufrimiento? (n. 17)
¿Sólo salud o también salvación? (n. 18)

III.- LA VIDA, DON DE DIOS Y TAREA HUMANA (n. 19)

Dios, amigo de la vida

- La vida, don de Dios (n. 20)
- Carácter inviolable de la vida (n. 21)
- El camino de la vida (n. 22)
- La vida de los pobres (n. 23)

Jesús, portador de la verdadera salud (n. 24)

- La salvación de Dios bajo forma de salud (n. 25)
- Salud individual y social (n. 26)
- Salud integral (n. 27)
- Salud liberadora (n. 28)
- Salud responsable pero no idolatrada (n. 29)
- Salud abierta a la salvación (n. 30)

El Crucificado: un sufrimiento liberador (n. 31)

- Amor a la vida
- Lucha contra el sufrimiento (n. 32)
- Aceptación de la crucifixión (n. 33)
- Lo positivo de la cruz (n. 34)

La Resurrección de Cristo, principio de vida nueva (n. 35)

- Resucitar a una vida nueva
- El Espíritu, Señor y dador de vida (n. 36)
- La lucha por la vida (n. 37)
- Morir hacia la vida eterna (n. 38)

IV.- PARA UNA CULTURA DE LA VIDA, DIGNA DEL HOMBRE (n. 39)

La defensa de la vida

- Frente a la vida como producto (n. 40)
- Contra dogmatismos fanáticos (n. 41)
- Contra la tiranía de la programación (n. 42)

Ética de la calidad de vida (n. 43)

- Contenido humano de la vida
- Calidad de vida, ¿para quién? (n. 44)

Una salud humana (n. 45)

- Responsabilidad personal
- La salud como tarea moral (n. 46)
- Fuerza para vivir como hombres (n. 47)

Cultura sana del cuerpo (n. 48)

- Visión positiva de la corporalidad
- Señorío sobre el cuerpo (n. 49)

Actitud sana ante el sufrimiento (n. 50)

- Eliminar el sufrimiento inútil
- Sufrir por luchar contra el sufrimiento (n. 51)
- Asumir el sufrimiento inevitable (n. 52)

La experiencia humana de la enfermedad (n. 53)

- Ruptura de seguridad
- Fuente de interrogantes (n. 54)
- Revelación de lo esencial (n. 55)

La conclusión de la vida (n. 56)

- Aceptar la disminución
- El arte de envejecer (n. 57)

La fuerza saludable de la fe (n. 58)

- Una vida con sentido
- Vivir en la verdad (n. 59)
- Vida acogida con amor (n. 60)

V.- AL SERVICIO DE LA VIDA (n. 61)

La responsabilidad de vivir

- Agradecer la vida
- Vivir una vida humana

Educar para la vida (n. 62)

- Maestros de vida
- En la comunidad cristiana (n. 63)

Compromiso por una vida más sana

- El esfuerzo social
- La comunidad cristiana, fuente de salud (n. 65)

Atención a la persona enferma (n. 66)

- Los profesionales de la salud
- El enfermo en la comunidad cristiana (n. 67)
- Presencia evangelizadora en el mundo hospitalario (n. 68)
- Los sacramentos de enfermos (n. 69)

Acompañar la vida malograda y sin esperanza (nn. 70-71)

INTRODUCCIÓN

1. Un propósito fundamental subyace en las Cartas Pastorales que todos los años os dirigimos en este tiempo de Cuaresma y Pascua en que los cristianos celebramos el misterio de la muerte y resurrección del Señor nuestro deseo de ayudaros a descubrir en el Dios manifestado en Jesucristo y en la fe cristiana un principio de vida y una fuente de salvación para el hombre de hoy.

Os hemos hablado con frecuencia de Dios como “el mejor guardián y el mayor amigo del hombre”¹; queríamos rescatar y purificar la imagen del Dios verdadero, tan desprestigiada y desfigurada hoy en nuestra sociedad. Os hemos hablado también del hombre, convencidos de que sólo en Jesucristo se nos ofrece la clave del misterio humano y el camino mejor para que los hombres y mujeres de hoy encuentren su verdadero rostro.

Este año queremos hablaros de manera concreta del Dios, “amigo de la vida”, y de Jesucristo, verdadero sanador del ser humano. Os escribimos persuadidos de que la conversión a Dios hace crecer en el hombre la salud y la vida. Convertirse a Dios y acoger el Evangelio de Jesucristo es ponerse en camino hacia una verdadera salud; iniciar la sanación de nuestro ser, entrar por un camino que conduce al despliegue y al desarrollo sano de la persona y de la sociedad. También hoy podemos experimentar como los primeros cristianos que “la conversión lleva a la vida” (Hch 11,18).

Os invitamos a vivir en este tiempo de Cuaresma y Pascua una conversión a ese Dios que “no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva” (cfr. Ez 18,23). Todos necesitamos irnos liberando de actitudes insanas y mecanismos destructivos que destruyen o deterioran la vida; todos hemos de reconocer errores y también responsabilidades no asumidas en la promoción de una vida más digna del hombre. A todos nos dirige Dios su llamada: “Buscadme a mí y viviréis” (Am 5,4).

Nuestra intención

2. La vida del hombre contemporáneo, con sus logros y fracasos, sus progresos y regresiones, sus interrogantes y contradicciones, constituye un desafío y una interpelación que nosotros, por nuestra parte, no queremos dejar de escuchar. Os queremos hablar sobre esa vida concreta del hombre de hoy, y su modo de entenderla y vivirla. La vida humana tiene un inicio y un término. Y, aunque también están en el horizonte de nuestro escrito el nacimiento del ser humano y su final, no es nuestra intención analizar los problemas referentes a la concepción de la vida, o a la muerte del ser humano. Por otra parte, alguno podría esperar, una vez más, una reflexión sobre el derecho a la vida, tantas veces defendido por nosotros a lo largo de estos años, frente a la violencia terrorista y frente a todo atentado injusto contra la vida. Tampoco es éste el propósito directo de nuestra Carta Pastoral. Las preguntas que nos hacemos y a las que queremos responder desde la fe cristiana son éstas:

¿Cómo garantizar y defender mejor la vida del ser humano en una sociedad donde, junto a solemnes proclamaciones en favor de la vida, se extienden de mane-

¹ *Creer hoy en el Dios de Jesucristo*, Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, 1986, n. 4.

ra difusa y casi inconsciente actitudes, estados de opinión, conductas y condicionamientos sociales que reflejan una mentalidad “anti-vida”?

¿Cuál es la contribución que la fe cristiana puede aportar hoy a la promoción de una cultura de la vida y de la salud, más atenta a todas las dimensiones del ser humano y más abierta a la salvación definitiva del hombre?

¿Cómo orientar y vivir de manera sana esa búsqueda de salud y de vida feliz del hombre contemporáneo, tan positiva y enriquecedora en muchos aspectos, pero tan ambigua y distorsionada en otros?

¿Cómo promover desde las comunidades cristianas un estilo de vida sano desde una fe entendida y vivida como experiencia humanizadora, tanto en el disfrute de la salud como en el sufrimiento de la enfermedad o la desgracia?

En definitiva, ¿cómo anunciar y ofrecer al hombre de hoy “el Evangelio de la vida” y la salvación de Jesucristo, como una fuerza sanante y vivificadora que pueda ser experimentada ya desde ahora, dentro de los límites y fragilidad de nuestra existencia, como promesa de Vida eterna?

Estructura de la Carta Pastoral

3. La *primera parte* de la Carta quiere ser una aproximación al modo de vivir del hombre contemporáneo para discernir algunas contradicciones de la cultura moderna, capaz de exaltar la vida y su nivel de calidad, incluso de manera desmedida, y capaz, al mismo tiempo, de destruir y arruinar irresponsablemente la vida y la salud.

En la *segunda parte*, formulamos de manera breve algunas preocupaciones e interrogantes que se suscitan en nuestra conciencia cristiana y, probablemente, en no pocos hombres y mujeres que, sin compartir nuestra fe, están sinceramente preocupados por un futuro mejor y más humano para el hombre.

El objetivo de la *tercera parte* es exponer de manera sencilla y clara nuestra fe en Dios, “amigo de la vida”, y en Jesucristo, “camino, verdad y vida”, como la Buena Noticia en la que los cristianos encontramos la luz más clara, el estímulo más vigoroso y el camino más acertado para construir una vida individual y social más humana.

Desde el horizonte de esa fe, os proponemos en la *cuarta parte* una reflexión con la que quisiéramos contribuir a promover entre nosotros una cultura de la vida, más digna del hombre.

Por último, en la *quinta parte*, sugerimos algunas tareas, actitudes y comportamientos que puedan animar a las comunidades creyentes, a los cristianos y a cuantos quieran escuchar nuestra palabra, a cuidar y defender la vida humana de manera más responsable, y a cultivar un estilo de vida más sano en nuestro pueblo.

I.- AMBIGÜEDAD DE LA CULTURA ACTUAL DE LA VIDA

4. Profundos cambios socio-culturales han modificado en pocos años el modo concreto de entender y vivir acontecimientos tan decisivos para el ser humano como son el nacer y el morir. El progreso de la ciencia médica y las técnicas curativas ha producido logros espectaculares en el tratamiento del dolor, la eliminación de enfermedades y la prolongación de la vida. En poco tiempo, han cambiado los comportamientos sociales ante el cuidado del cuerpo, la experiencia de la enfermedad o la vejez.

Sin embargo, no es fácil comprender e interpretar las actitudes de los hombres y mujeres de hoy ante el hecho de la vida. Por una parte, parece haber crecido el respeto y la estima por la vida humana, la defensa de la persona, la búsqueda de una calidad de vida más digna. Pero, al mismo tiempo, se multiplican los atentados contra la vida y la salud, se extiende la actitud abortista, desciende clamorosamente la natalidad, aumentan las conductas autodestructivas, se cultiva una vida insana.

Nuestro primer esfuerzo ha de ser tratar de discernir algunas de las graves contradicciones de la cultura de nuestro tiempo, escuchar los interrogantes que plantea el modo de vivir del hombre contemporáneo, valorar lo que hay de positivo y verdadero en la vida moderna, y denunciar una “cultura anti-vida” que amenaza también hoy de formas nuevas al ser humano.

La vida humana, entre el respeto y la agresión

5. El hombre moderno ha adquirido, sin duda, una conciencia mucho más viva de la dignidad de la persona humana y de sus derechos intangibles. Los hombres de hoy reaccionan vigorosamente contra la pena de muerte, la tortura, los malos tratos o cualquier atentado que degrade a la persona. Las legislaciones modernas y las medidas sociales recogen de múltiples maneras esa voluntad de respeto a la persona y defensa de la vida humana.

Pero sería un error ignorar los atropellos que se siguen cometiendo en contra de lo que se proclama socialmente y de lo que se ratifica en la ley fundamental del Estado². La vida humana es eliminada antes de su alumbramiento, no sólo por medio de acciones abortivas que la ley condena, sino también por actuaciones médicas que la ley ampara, en clara contradicción con el derecho a la vida que se debe reconocer a toda persona humana. Este derecho a la vida es también conculcado, en situaciones más o menos terminales, en virtud de una mal entendida “piedad” hacia el enfermo, “muerte digna” o eutanasia.

Nosotros mismos hemos condenado también repetidamente, a lo largo de estos años, numerosos atentados en los que la vida humana ha sido injustamente aniquilada, secuestrada, torturada o maltratada al servicio de diversas causas políticas o ideológicas, o como parte integrante de una estrategia de eficacia “a cualquier precio”. Junto a estos atentados, tan frecuentes en nuestra tierra, no hemos de ignorar tampoco los casos de niños maltratados, esposas agredidas, ancianos desatendidos, mujeres violadas y tantas otras agresiones que no siempre llegan a conocerse.

² Cfr. *Constitución Española*, art. 15.

Si analizamos muchos de estos atentados, pronto descubriremos que, en contra de lo que se afirma y defiende teóricamente, la vida y la dignidad de las personas queda amenazada desde un doble flanco. Cuando los objetivos políticos o ideológicos adquieren el rango de metas absolutas o el principio de eficacia se eleva a norma suprema de actuación, la vida de las personas y su carácter intangible quedan subordinados a los dogmas políticos o a las estrategias de eficacia. Los ídolos siempre exigen víctimas.

Por otra parte, uno de los dramas más graves de la cultura moderna es el peligro de que una falsa libertad se eleve contra la vida. Cuando la libertad se confunde con una actuación subjetiva que busca exclusivamente lo que considera ser su propio interés, utilidad o placer (“soy libre y, por tanto, hago lo que me apetece”) el individuo termina por prescindir de toda norma ética y, en consecuencia, los derechos y la integridad de las personas que entran en relación con él quedan de alguna manera amenazados. El egoísmo, al vaciar de amor las relaciones humanas, les priva, al mismo tiempo, del dinamismo que mejor asegura el respeto y el cuidado mutuo de la vida.

La calidad de vida: una meta ambigua

6. Durante mucho tiempo, la preocupación de las gentes estuvo centrada en asegurar las condiciones básicas y elementales para subsistir. Era lo único a que se podía aspirar cuando apenas existían recursos para mucho más. Semejante planteamiento parecería hoy demasiado corto e indigno de una sociedad desarrollada. Desde hace unos años, la calidad de vida se ha convertido en la nueva meta de la sociedad y de los individuos.

Esta preocupación por la calidad de vida puede llevar a consecuencias muy diferentes, según esté inspirada por una voluntad humanizadora de desarrollar las condiciones más favorables para la expansión y desarrollo de una vida digna para todo ser humano, o se convierta, por el contrario, en una exigencia absoluta, de inspiración utilitarista y hedonista, desde la que se mide, valora e incluso se excluye de la vida a quienes no alcanzan una determinada calidad.

Cuando el contenido de la calidad de vida no se reduce a índices económicos o ventajas puramente materiales, sino que abarca también la satisfacción de las necesidades familiares, sociales, culturales y religiosas de la persona, esa calidad de vida se convierte en principio dinamizador de mejora humana y de verdadero progreso social. Mucho más cuando es buscada no sólo para un grupo selecto de privilegiados, sino para todos, y, de manera preferente, para los más necesitados. En concreto, el principio de calidad de vida, correctamente aplicado a la ciencia médica, ha hecho crecer la sensibilidad hacia una salud más integral y más atenta a las diferentes dimensiones de la persona, y, por otra parte, ha conducido a la investigación y a la técnica sanitaria a ocuparse, de manera más eficaz, de los ancianos, los minusválidos físicos y psíquicos, o los enfermos crónicos.

Muy diferentes son las consecuencias a las que se llega cuando la calidad de vida se convierte en norma absoluta desde la que se puede establecer qué vidas tienen suficiente calidad como para ser acogidas y cuidadas, y qué vidas no llegan al mínimo requerido para merecer cuidado y defensa. Se introduce así una división de clase entre enfermos a los que se atiende con todo tipo de medios, aunque sean de costo muy elevado, y enfermos de pobre calidad de vida (ciertos minusválidos, an-

cianos sin familia, enfermos crónicos o de patología desagradable), a los que se puede descuidar e, incluso, negar una terapia más eficaz. Más aún. Cuando la calidad de vida se coloca incluso por encima de la misma vida humana, ya el hecho de pertenecer a la especie humana no es un factor moral suficiente para que la vida quede protegida. Hay vidas que carecen de importancia y utilidad, vidas que están de sobra y que, incluso, son percibidas como una amenaza para el bienestar de la pareja, la calidad de vida de la familia o el funcionamiento de la sociedad y, por ello, son eliminadas.

Exaltación de la salud y fomento de vida insana

7. En nuestros días se exalta como nunca el valor de la salud física, psicológica y mental. El hombre actual investiga, trabaja y emplea toda clase de medios para prevenir y combatir las enfermedades y minusvalías. Pero, al mismo tiempo, estamos construyendo una sociedad donde no es fácil vivir de manera sana. De hecho, pocas veces ha estado la vida tan amenazada por el desequilibrio ecológico, la contaminación, los accidentes de tráfico, el estrés o la drogadicción.

De manera general se puede decir que en la sociedad contemporánea se fomenta un estilo de vida que no favorece la salud. Los expertos afirman que el factor que causa hoy mayor número de enfermedades es el estilo de vida que cada uno elige y cultiva libremente, y señalan que, entre las principales enfermedades que causan la muerte, se han de citar las que tienen su origen en el estilo de vida propio del hombre contemporáneo (enfermedades del corazón, cáncer, angiopatías cerebrales, cirrosis hepáticas...).

Es fácil enumerar algunos factores que perturban y dañan la salud del hombre actual: la falta de descanso suficiente, un ritmo agitado de vida, los desplazamientos constantes, la alimentación excesiva, el poco ejercicio físico, la falta de contacto con la naturaleza, el ruido y, sobre todo, el alcoholismo y las diversas drogas. No olvidamos tampoco un cierto estilo de vida alocado y desordenado, y un modo de conducirse de manera irresponsable y temeraria en la carretera, con los trágicos resultados por todos conocidos. Es particularmente desolador ver entre nosotros tantos jóvenes atrapados por la droga, el consumo del alcohol y una actividad sexual precoz e insana, que malogran su vida prematuramente destruyendo su salud y renunciando a su propio destino. ¿No es el SIDA indicador expresivo de un estilo de vida insano y de carácter destructivo?

Hemos de señalar, además, que, incluso cuando se cuida la salud física con más atención, se fomenta con frecuencia un estilo de vida en el que la falta de sentido, la carencia de valores, un cierto tipo de consumismo, la competitividad, una insuficiente comunicación, la disolución del hogar, el deterioro de la pareja, la imposibilidad de realizar un proyecto vital, la soledad y tantas otras frustraciones, impiden a las personas crecer y desarrollarse de manera sana.

Entre la irresponsabilidad y la idolatría de la salud

8. El desarrollo de la medicina tecnificada ha sido tan extraordinario que el hombre contemporáneo se ha acostumbrado a esperar prácticamente, la salud de los profesionales sanitarios y de su técnica. A ellos se ha de acudir para que nos la suministren, pues ellos son los encargados de producirla cuando la hemos perdido.

Se puede llegar así a la fatal ilusión de creer que la salud puede ser fabricada y adquirida como uno de tantos bienes de consumo de la sociedad moderna. No son pocos los que descuidan su propia salud abdicando de su responsabilidad personal para confiar de manera desproporcionada en una salud suministrada por la técnica médica.

Queremos llamar también la atención sobre un hecho que, siendo en sí mismo netamente positivo, puede tener consecuencias que no hemos de ignorar. El dolor físico se ha convertido hoy en un problema que puede ser resuelto técnicamente acudiendo a la intervención médica, a los analgésicos y a las diferentes técnicas contra el dolor. Poco a poco el hombre va olvidando lo que es enfrentarse al dolor. Cuando éste llega, lo único que sabe es correr a suprimirlo. Pero, de esta manera, ¿no se va debilitando su capacidad para asumir de manera responsable la vertiente dolorosa de la vida que, además del dolor físico, puede incluir el deterioro del organismo, la vejez, la mutilación, la enfermedad crónica, y también el sufrimiento moral, las desgracias, el fracaso, la soledad o la proximidad de la muerte? ¿Cómo fortalecer a este hombre, liberado en gran parte del dolor físico, para que afronte de manera digna el sufrimiento inevitable de la existencia humana?

Junto a un comportamiento poco responsable ante la propia salud, observamos también, en el extremo opuesto, otra actitud que podríamos calificar de “idolatría de la salud”. Hay personas para quienes el cuidado de la salud se va convirtiendo en el único objetivo de su vivir diario. Sólo se preocupan de su cuerpo o de su estado anímico. Viven casi exclusivamente para un buen funcionamiento: cómo se alimentarán, qué remedios tomarán, cómo cuidarán su forma física o su paz interior. Va creciendo, sobre todo, el número de personas que se entregan intensamente al cuidado de su cuerpo: higiene meticulosa, gimnasia, deporte, control del peso, régimen adecuado, chequeo periódico, masajes, sauna, “footing”. Todo es poco para mantenerse joven y vigoroso.

Sin duda, hemos de valorar gozosamente este redescubrimiento del cuerpo, y favorecer en su justa medida cuanto ayuda a las personas a crecer de manera saludable y armoniosa. Pero, brotan dentro de nosotros interrogantes que no queremos ocultar. ¿Es sana esa manera de cultivar la propia salud de manera casi obsesiva, subordinándolo todo a su conservación y desarrollo, dedicándole los mejores esfuerzos a costa de quien sea y como sea, olvidando incluso la propia misión en la vida? ¿Es sano ocuparse de manera tan unilateral y parcial del “funcionamiento del cuerpo”, descuidando la salud afectiva y mental, la creatividad, el crecimiento de la comunicación, el desarrollo de la vida interior y la apertura al Creador?

El crecimiento de la agresividad destructiva

9. Sin duda, son muchos los signos que muestran que está creciendo la estima por la vida humana, el aprecio por todo viviente o el respeto al entorno natural. Y, sin embargo, van apareciendo también entre nosotros manifestaciones de destructividad y agresión a la vida. Muchas veces hemos analizado y condenado la violencia terrorista que azota a nuestro pueblo. Hoy queremos alertar sobre otras formas de violencia que provienen de una actitud “anti-vida”.

Hay un tipo de destructividad cuya principal raíz es la frustración. Cuando una persona se siente frustrada en sus aspiraciones más hondas hasta el punto de no creer ya en el amor, la amistad, la justicia o el bien, es fácil que en su interior

crezca la hostilidad, el rechazo, el odio a la vida. La persona necesita demostrar que la sociedad es despreciable, que la vida es pura mentira, que todo está mal, que los hombres son malos, uno mismo es malo. Entonces se destruyen las ideas y los valores, se maltrata a las personas, se destrozan las cosas, se manchan las calles y se afean los rincones. Por ese camino se puede llegar al suicidio síquico y hasta físico.

Hay otra destructividad que es resultado de una vida vacía, mutilada, no vivida. El ser humano no tolera la vaciedad. Necesita dar sentido a su vida, dejar huella en el mundo, hacerse sentir. Y si no puede crear vida, la destruye. Para crear vida se necesita ilusión, estímulo, trabajo y dedicación. Para destruirla basta sólo con usar la fuerza. Entonces la persona se afirma a sí misma y se siente alguien destruyendo, maltratando, haciendo daño.

Reconocidos psicólogos nos advierten también de una tendencia que parece extenderse hoy en sectores, sobre todo juveniles, de nuestra sociedad: el amor a lo muerto, una especie de “necrofilia”. Cuando no se encuentra sentido a la vida, puede crecer en la persona la atracción por lo muerto, lo inerte, lo inanimado. Fascinan más las máquinas o los coches que las mismas personas. Lo mecánico atrae más que los seres vivos. Se ama la noche más que la luz del día. Se disfruta del ruido y la agitación más que del silencio y del crecimiento interior. El amor a la vida y la alegría del vivir son sustituidos por la frialdad de lo mecánico y la dureza del funcionamiento.

Queremos también llamar la atención sobre otro hecho preocupante. Según las estadísticas, el número de suicidios en el conjunto de nuestras diócesis rebasa cada año ampliamente la centena y, si los datos son ciertos, cada día hay tres personas que intentan quitarse la vida. ¿Es sólo problema de algunos individuos aislados, o síntoma grave de una cultura que, en sus últimas consecuencias puede resultar “suicida”? ¿Por qué está creciendo el número de personas que se quedan sin una razón para seguir viviendo? ¿Qué es lo que les falta y no encuentran en esta sociedad? ¿Por qué acaban no creyendo en nada ni en nadie?

Búsqueda de placer y apatía ante el sufrimiento ajeno

10. La llamada “sociedad del bienestar” se ha ido convirtiendo en una sociedad abiertamente hedonista donde se exalta y busca el placer como el objetivo supremo de la persona. Para muchos la vida parece consistir justamente en disfrutar el máximo de placer y padecer el mínimo de sufrimiento. Y mientras crece en la sociedad la búsqueda de placer siempre más intenso, más caro y más sofisticado, crece también entre nosotros la apatía y la indiferencia ante el sufrimiento de los otros. La cercanía del niño mendigo o la presencia del inmigrante extranjero perturba y molesta. Es mejor mantenerse lejos, cortar toda clase de relaciones vivas con el mundo de los que sufren y aislarnos en nuestro pequeño bienestar anestesiando nuestro corazón ante el sufrimiento ajeno.

Por otra parte, la cultura actual valora al hombre sano, joven, fuerte y vigoroso, y, en la misma medida, deja de valorar al anciano, al enfermo y al débil. La misma promoción de la salud lleva con frecuencia a olvidar realidades tan humanas y decisivas para la persona como son la enfermedad, el dolor, la vejez o la muerte. Se educa para la salud y el disfrute, pero en ningún lugar se aprende cuál es la manera más humana de enfrentarse a la enfermedad o qué sentido puede tener en nuestra vida el sufrimiento. En nuestra sociedad se hacen esfuerzos por iniciar a los niños

niños en el misterio de la sexualidad y en el origen de la vida, pero no se nos enseña a morir. La muerte queda confiada a las estructuras sanitarias convirtiéndose poco a poco en un problema técnico donde lo importante no es la dignidad del acto de morir, ni la solidaridad o el entorno humano en un momento tan decisivo de la existencia, sino, sobre todo, el control de las constantes vitales y la solución del problema del dolor físico. La muerte ya no es misterio ni destino. No ayuda a comprender la vida. Es un accidente inevitable, triste y desagradable que es necesario olvidar cuanto antes.

Asimismo, dentro de una sociedad estructurada de manera general, no al servicio de los más débiles y necesitados sino de los más fuertes y poderosos, se explica que el cuidado de la salud y la calidad de vida no estén siempre al alcance de los más pobres e indefensos. Hay entre nosotros enfermos pobres, ancianos solos, crónicos desatendidos, drogadictos abandonados, disminuidos físicos y síquicos, depresivos, enfermos sin interés médico, que quedan excluidos o marginados por una sociedad concebida para los fuertes, e insensible a la salud de los más débiles.

El riesgo de vivir en una sociedad patógena

11. Hace tiempo que se ha considerado la posibilidad de que una sociedad entera caiga enferma en su conjunto y llegue a favorecer y desarrollar actitudes, comportamientos y hábitos colectivos que impiden el desarrollo sano de la vida humana. Sin entrar en discusiones sobre el concepto de “salud social” o “salud colectiva”, podemos decir, de manera general, que una sociedad es patógena en la medida en que crea un clima social en el que fácilmente las persona son arrastradas, en un grado u otro, hacia el deterioro físico y síquico, la fragmentación, la enajenación, la cosificación o la disolución como seres humanos.

Sin duda, sería equivocado describir la sociedad actual con tonos negros y pesimistas ignorando todo lo que el progreso ha aportado para mejorar la vida humana en el mundo del hogar y las faenas domésticas, en el ámbito del trabajo y la industria, en los diferentes servicios sociales. Todos somos testigos de los avances realizados en el cuidado de la salud, en el campo de la educación, o en el acceso al mundo de la cultura y del arte. El hombre de hoy cuenta con nuevas posibilidades para el cultivo de sus aficiones personales, para el descanso y para el disfrute gratificante del tiempo libre. Todo ello ha de ser motivo de gozo y de reconocimiento agradecido. Pero ello no obsta para que recordemos algunos factores que impiden hoy a no pocos crecer y desarrollarse de manera saludable.

En nuestra sociedad se observan ya los rasgos típicos de la *patología de la abundancia*. Se come y se bebe con exceso. Se busca en todo un confort y una comodidad que terminan dañando a la persona. La comida abundante, el alcohol excesivo, el tabaco, la vida sedentaria, tienen consecuencias físicas evidentes: obesidad, hipertensión, alteraciones cardiovasculares... pero, además, un cierto tipo de vida de excesivo confort y comodidad, en que se han perdido ya los valores de la sobriedad, el espíritu de sacrificio y la austeridad, atrofia a menudo el crecimiento de la persona, reduce su sensibilidad, aletarga su vida interior, favorece la represión. Esta tendencia a la abundancia patológica y al confort desmedido, ¿no es una especie de compensación de un cierto vacío interior y de un fracaso en las relaciones de la persona consigo misma, con los demás y con Dios?

La *depresión* se extiende entre nosotros como una verdadera plaga. Hay personas que caen en ella periódicamente. Otras viven en el límite, sin estabilidad emocional, arrastrando la vida como un peso. De hecho, el modo de vida del hombre contemporáneo no parece favorecer el crecimiento de personas interiormente sólidas, sino más bien frágiles e inestables. Sin duda, las alteraciones psicósomáticas de los individuos tienen unas causas concretas. Pero, ¿qué es lo que falta en tantas vidas vividas sin creatividad, con desencanto, sin amor positivo a nada, con apatía y tedio permanentes, sin estímulo alguno que inspire y motive su vivir diario?

Son también bastantes los que *no encuentran sentido a su vida*. Se sienten extraños a sí mismos, viven como un objeto que sigue funcionando desde estímulos externos. No saben lo que quieren ni para qué viven. Son mayoría los expertos que consideran la falta de sentido una de las neurosis más graves del hombre contemporáneo, y uno de los factores más importantes de frustración y enfermedad. Cuando la persona no encuentra sentido a su vida, se siente como vacía, frustrada en una de sus necesidades más profundas. Es difícil entonces no caer en el hastío, el tedio, el aburrimiento difuso que lo penetra todo. La persona busca distraerse, moverse, correr tras la variedad o lo nuevo. Se cambia de coche, de piso, de imagen y hasta de cónyuge. Se buscan nuevos ambientes, se entablan nuevas relaciones. Pero la falta de sentido no se sana desde fuera.

No es tópico recordar aquí el *consumismo desmedido*, como uno de los signos más graves del carácter enfermizo de ciertas vidas. El consumo sano que podría ser fuente de enriquecimiento positivo de la persona se degrada hasta convertir la vida en mera satisfacción de necesidades superficiales, mientras se olvidan las necesidades más hondas del ser humano. Para no pocas personas, el “comprar” se ha convertido en uno de los actos más importantes de su vida. Hay que comprar, comprar el último modelo, llevar lo último, estar a la moda. Entonces se corre el riesgo de que la vida comience a depender cada vez más de las cosas. No importa lo que uno es o lo que uno vive, sino lo que uno compra, posee y puede disfrutar ante los demás. Esta actitud se deteriora todavía más cuando la persona adopta una postura consumista en toda su vida, y termina por consumir objetos, vestidos, bebidas, coches, televisión, espectáculos, revistas, libros, conferencias, cultura, religión. ¿Se puede crecer de manera saludable cuando se vive una relación tan poco sana con las cosas? Juan Pablo II afirma que “el hombre orientado ‘consumísticamente’ pierde, en este goce, la dimensión plena de su humanidad, pierde la conciencia del sentido más profundo de la vida”³.

³ Homilía en la Catedral de Turín, 13 de abril de 1980.

II.- INTERROGANTES Y PREOCUPACIONES

12. Cualquier hombre interesado por el valor de la vida humana y sensible a la cultura contemporánea no puede menos de plantearse graves interrogantes ante valoraciones, actitudes y comportamientos individuales y sociales que, más que defender y promover la vida, la están conduciendo hacia su deterioro, vaciamiento e, incluso, hacia su misma eliminación. La preocupación crece cuando se comprueba que, con frecuencia, esta cultura “anti-vida” se está extendiendo entre nosotros bajo forma de progreso y de lucha por una calidad mejor de vida.

Entre los mismos cristianos crece la tendencia a disociar su fe de las exigencias que ésta implica en el ámbito de la vida humana. Por una parte, no descubren en su experiencia cristiana un principio que les ayude a entender y a vivir la vida de manera sana, positiva y plenamente humana. Por otra parte, no encuentran en ella el fundamento y estímulo necesarios para defender de manera apasionada y comprometida la vida humana luchando por todo aquello que favorece y desarrolla su mejora cualitativa e integral, y combatiendo actitudes, conductas y procedimientos que, de una u otra manera, la deterioran, degradan, obstaculizan su pleno desarrollo e, incluso, la suprimen.

El valor de la vida

13. El respeto a la vida aparece como uno de los principios más fundamentales y evidentes en nuestra cultura. Su fundamentación apenas parece exigir esfuerzo racional alguno. La vida humana merece ser defendida y respetada por todos los miembros de la comunidad. Sin esta exigencia básica, no hay posibilidad de convivencia pacífica entre los hombres.

Sin embargo, cuando la cultura del bienestar se implanta como valor prioritario al que ha de subordinarse todo, una cierta ambigüedad ética comienza a extenderse en la sociedad que comienza a preguntarse qué valor tienen esas vidas que no alcanzan un nivel determinado de calidad, y empieza a sentir la tentación fácil de rechazarlas y eliminarlas. Pero, ¿es humano que precisamente la gran sensibilidad del hombre contemporáneo por una vida más plena termine siendo la mayor amenaza para la vida de los más débiles e indefensos? Cuando se dispone de la vida del no-nacido, o se plantea la eutanasia más o menos encubierta de ciertos enfermos, o se descuida la terapia de ancianos sin interés, ¿se está actuando en nombre de la vida humana o en nombre del interés egoísta de algunos? ¿No es necesario defender, fundamentar y concretar el derecho a la vida de todo ser humano, previamente a que una legislación política se usurpe la prerrogativa de definir cuándo la vida de un ser humano ha de ser defendida y cuándo no? ¿Por qué ciertas vidas valen y otras no? ¿Cómo quitar el valor a ciertas vidas sin quitar automáticamente el valor a cualquier otra vida humana?

Por otra parte, el progreso de la tecnología permite hoy una intervención cada vez más eficaz y audaz en el origen de la vida (revolución genética), en la fecundación (técnicas de reproducción artificial), en la prolongación de la vida, en la supresión del dolor y en tantos otros ámbitos de la biología humana, planteando graves y complejos problemas éticos. Pero, cuanto mayor es el poder técnico de la humanidad, ¿no se hace sentir todavía con más fuerza la necesidad de unos criterios éticos

firmes al servicio de la vida, precisamente para impedir que un aparente progreso termine atentando contra el propio hombre?

¿Qué vida?

14. El hombre actual ansía vivir, vivir cada vez más, cada vez mejor, cada vez más intensamente; pero, ¿vivir qué?, ¿vivir para qué? Se dice que estamos mejor equipados que nunca para vivir una vida sana y de mejor calidad; pero, ¿qué es un hombre sano?, ¿qué es una vida de calidad humana? Hemos hecho la vida más larga, más cómoda y placentera, pero ¿no la hemos hecho también más vacía, más superficial y absurda? ¿Es éste el camino para satisfacer la necesidad de vida que se encierra en el ser humano?

Por otra parte, nos preocupa un fenómeno cultural sobre el que parece existir una conspiración de silencio. Cada vez se medita menos sobre el sentido último de la vida y su carácter misterioso. Desconectada de toda relación con el Creador, carente de destino trascendente, la vida del ser humano se está convirtiendo en rutina irrelevante, un episodio que hay que llenar de bienestar y experiencias placenteras. Pero, ¿es un verdadero progreso entender y vivir la vida de una manera tan rudimentaria y unidimensional, tan pobre de contenido, de horizonte y de sentido, como la que viven hoy no pocos hombres y mujeres?

Un cierto cientifismo reduccionista, divulgado de manera irresponsable y sin rigor, está contribuyendo a extender, sobre todo en las nuevas generaciones, una concepción empobrecedora de la vida humana rebajándola a puro funcionamiento de una compleja maquinaria físico-química donde apenas queda ya espacio para la libertad y originalidad propias del ser humano. ¿No es preocupante que en nuestra cultura hay un interés tan grande por los detalles más minuciosos de la ciencia biológica, y, al mismo tiempo, una indiferencia y despreocupación casi total por lo esencial y básico de la existencia humana?

¿Qué clase de salud?

15. El hombre de hoy se preocupa mucho por la salud, la busca, lucha por ella. Incluso podemos observar que la preocupación por la salvación en el más allá ha sido sustituida, en buena parte, por la preocupación de la salud en el más acá. Pero esa búsqueda de salud no deja de ser ambigua.

Ante todo, hemos de recordar que no es fácil precisar en qué consiste la salud y a quién podemos llamar hombre sano. En realidad, el concepto de salud depende de la concepción o modelo de hombre que se tenga. Por eso, aunque la ciencia puede proporcionar algunos elementos objetivos para configurar su contenido, es la misma sociedad la que va elaborando su concepto de salud y va definiendo qué es “vida sana” y a quién se le puede considerar “sano” o enfermo.

Hemos de preguntarnos cuál es el modelo de hombre que se encierra detrás de una salud excesivamente medicalizada y tecnificada, o ingenuamente idealizada y absolutizada. ¿No es demasiado parcial y fragmentario el desarrollo de una cultura del cuerpo que no tiene en cuenta otras dimensiones esenciales de la persona? ¿Es suficiente un modelo de medicina que se ocupa preferentemente de curar un órgano enfermo sin atender a la sanación integral de la persona? ¿Basta cuidar el

psiquismo humano como un proceso cerrado en sí mismo, ignorando sistemáticamente la dimensión espiritual y trascendente de la persona? ¿Adónde conduce la idolatría de la salud? ¿Hemos de vivir para cuidar nuestra salud, o cuidar la salud para vivir de manera humana?

Por otra parte, la salud es una experiencia muy personal que puede ser entendida y vivida por cada uno de manera más o menos integral o parcial, de forma enriquecedora para la persona o de modo reductor y distorsionado. La salud es una experiencia que necesita ser orientada. Por ello, no es superfluo preguntarse: ¿qué clase de salud queremos?, ¿para qué buscamos la salud?, ¿qué es lo prioritario en una vida sana?

¿Vida humana o simple bienestar?

16. Nuestro concepto de salud está moldeado por la cultura de bienestar, y encierra, por tanto, una determinada opción cultural entre otras posibles. Para el hombre moderno, bueno es lo que produce bienestar, y malo lo que causa malestar. En este contexto, fácilmente se identifica la salud con el bienestar.

Pero, el concepto de bienestar es ambiguo y no coincide necesariamente con la verdadera realización del ser humano. Un joven puede tomar alcohol o droga para sentir “bienestar”, pero, evidentemente, su actuación no es sana. Una persona puede sentirse bien en medio de una sociedad injusta, ocupándose exclusivamente de su bienestar y olvidando el sufrimiento de los débiles y marginados, pero difícilmente podrá decirse que es sana esa insensibilidad.

Por otra parte, cuando alguien asume de manera responsable la realización plena de su vida, no siempre se siente bien y cómodo. Una vida auténticamente humana exige muchas veces lucha, renuncia, sacrificio, entrega abnegada, experiencias todas ellas que no siempre pueden englobarse bajo el concepto ordinario de bienestar. Por ello, habrá que preguntarse qué bienestar buscamos, qué contenido le damos a nuestro deseo de bienestar, en qué hacemos consistir nuestra felicidad.

¿Qué hacer con el sufrimiento?

17. El progreso moderno está animado, en gran parte, por la voluntad de eliminar el sufrimiento de la existencia humana. Sin embargo, el sufrimiento vuelve a brotar de mil maneras en la vida de las personas echando por tierra un esfuerzo tan positivo y loable. La vida del ser humano es limitada y vulnerable, expuesta siempre al sufrimiento, amenazada constantemente por la enfermedad, el accidente o la desgracia, destinada inevitablemente al envejecimiento y a la muerte.

De otro lado, no hemos de olvidar que es el mismo hombre el que resuelve unos problemas y genera otros. Vence unas enfermedades y crea focos de nuevos males. Lucha contra el dolor y provoca nuevos sufrimientos. Las aflicciones más desgarradoras (hambre, miseria, guerras, terrorismo, violencias...), o los padecimientos personales más intensos (soledad, fracaso matrimonial, rechazo de los seres queridos...), son causados por las injusticias y el egoísmo de los hombres.

Sería un verdadero engaño hablar de la vida, ensalzar la salud o defender el bienestar escamoteando el problema de la enfermedad, el sufrimiento, la injusticia destructora o la muerte. Plantear un ideal de vida sana y feliz que desconozca la contradicción y no asuma al sufrimiento múltiple del hombre es plantear algo irreal e ilusorio que no responde a los interrogantes más dramáticos del ser humano.

Por eso, no es legítimo hablar de la vida humana sin tratar de responder a algunas preguntas inquietantes: ¿qué hacer con el sufrimiento?, ¿cómo asumir la enfermedad? Para vivir de manera plena, ¿habrá que eliminar necesariamente de nuestra vida todo sufrimiento y dolor?, ¿será la salud pura ausencia de enfermedad, o consistirá precisamente en vivir de manera positiva y saludable incluso la enfermedad y los límites inevitables de esta vida nuestra frágil y caduca? Por otra parte, ¿qué hacer ante el sufrimiento de los demás, cómo cerrar los ojos ante tanto dolor y desgarró?, ¿cómo construir mi propio bienestar cuando tantos hombres y mujeres son destruidos por el sufrimiento lejos o cerca de mí?

¿Sólo salud o también salvación?

18. La vida humana, vinculada al cuerpo, está destinada irrevocablemente a su extinción biológica. Es inútil banalizar el hecho de la muerte como algo irrelevante. Tarde o temprano, brota en el corazón humano la pregunta ineludible: ¿qué va a ser, al final, de todos y cada uno de nosotros?, ¿qué va a ser de esa salud cuidada con tanta solicitud y esmero, y de esa vida atendida con tanta asistencia médica y prolongada con tantos medios técnicos?, ¿en qué va a terminar ese cuerpo cuidado con tanta dedicación?

El hombre actual parece buscar sólo salud; pero, ¿no está necesitado también de salvación? Busca vivir mucho, vivir mejor; pero, ¿no está anhelando en el fondo una vida eterna y plena?, ¿no necesita nuestra salud ser salvada si ha de responder al anhelo de vida plena que habita el corazón del hombre?

III.- LA VIDA, DON DE DIOS Y TAREA HUMANA

19. Nuestra fe en un Dios que se nos revela como “amigo de la vida” (Sb 11,26) y que ha asumido nuestra carne mortal sólo para que los hombres “tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10), nos mueve a proponeros, de manera sencilla pero convencida y gozosa, “el Evangelio de la vida” (cfr. 2 Tm 1,10), en el que los cristianos encontramos la luz más clara, el estímulo más vigoroso y el camino más acertado para ir construyendo una vida siempre más humana.

Dios, amigo de la vida

En contra de lo que puedan pensar quienes viven con la oscura convicción de que Dios es una amenaza para el ser humano y una presencia opresora que es necesario eliminar para vivir y gozar más plenamente de la existencia, nosotros queremos proclamar nuestra fe en Dios como el mejor amigo del hombre y el defensor más seguro de su vida. Así se va ya manifestando a lo largo de la historia santa de Israel.

La vida, don de Dios

20. Todo hombre experimenta su vida como recibida de otros. No somos nosotros los que nos la hemos dado. Pero la fe ahonda más en el misterio de nuestra existencia. La vida es, en último término, don y regalo recibido gratuitamente del Creador. En él está “la fuente de la vida” (Sal 36,10). La realidad más preciosa del ser humano, su vida, no surge de él mismo. Viene de Aquél que es el Misterio último del ser: un Dios que es Amor creador (Gn 2,7).

Ningún ser humano llega a la vida por casualidad, accidente o capricho, sino como fruto de ese Amor creador. Es Dios mismo el que nos llama a la vida y hace que se produzca ese “milagro” único e irreplicable que es la vida de cada ser humano, algo original e insustituible, que nunca existió antes ni existirá después. En el interior de esa vida sucede todo lo demás: nuestro encuentro con Dios y con los demás, el crecimiento de todo nuestro ser, el desarrollo de nuestra libertad y de nuestro amor.

Por eso, lo primero en la vida es alegrarse de vivir. El primer mandato que recibimos de Dios es vivir; mandato que no está escrito en tablas de piedra, sino grabado en lo más hondo de nuestro ser. Nuestro primer gesto de obediencia a Dios es amar la vida, acogerla con corazón agradecido, cuidarla con solicitud, desplegar todas las posibilidades que en ella se encierran. Este gozo de ser y de acoger la vida como regalo y bendición es signo de vida y salud verdaderas. Quien no sabe o no puede alabar ni agradecer la vida, vive todavía alguna forma de enfermedad o muerte.

Carácter inviolable de la vida

21. La vida del ser humano es frágil, precaria y efímera. Los escritores bíblicos la comparan con el grano de arena, la flor del campo que hoy es y mañana se marchita, una gota insignificante en el mar, soplo ligero, humo que se disipa.

Pero esta vida frágil y efímera es una realidad sagrada e inviolable. Dios ha infundido su propio aliento en el hombre (Gn 2,7). Lo ha creado “a su imagen y semejanza” (Gn 1,27). Nadie puede disponer de ella a su antojo, ni de la suya propia, ni de la ajena. Esta vida recibida de Dios es el fundamento de la dignidad originaria e indestructible de cada hombre, el primer valor en el que se enraízan y sobre el que se desarrollan todos los demás valores y derechos. El mismo derecho a la vida no es algo sobreañadido a la vida, un derecho más junto a otros que se le atribuyen al ser humano, sino que nace de la vida misma, de su carácter intangible e inviolable, y de su vinculación al Creador de quien procede.

Sabemos que, al margen de toda religión, el valor de la vida ha de ser defendido como algo primordial e inherente a ella misma. Por otra parte, hablar de Dios como único dueño soberano de la vida, no tiene por qué conducirnos a ver en Dios un ser mezquino y desconfiado. La soberanía absoluta de Dios no recorta nunca la justa autonomía del hombre. El regalo de Dios es total y la vida queda confiada a la libertad responsable del ser humano. Pero esta vida que Dios regala es un valor intangible y primordial que brota de la misma dignidad de la persona. Nadie puede disponer de ella, tratándola como una cosa o utilizándola como un instrumento.

El camino de la vida

22. No son pocos los que consideran la moral cristiana como un conjunto de leyes y preceptos que, en definitiva, impiden vivir la existencia de manera gozosa, intensa y feliz. Perciben la religión como obstáculo para el progreso humano y factor que hace la vida del hombre más penosa e insoportable.

Somos conscientes de los abusos y distorsiones que se han cometido a lo largo de los siglos pervirtiendo el verdadero sentido de la religión y de la moral. Pero quien lea la historia bíblica podrá descubrir que el Dios verdadero es siempre un Dios que interviene en la vida del hombre sólo para salvar, para liberar, para potenciar y elevar la vida de los hombres. Un Dios que busca siempre el bien del ser humano y dice un no radical a todo lo que provoca su esclavitud y destrucción.

Por eso, el pueblo de Israel veía ya en la Ley de Dios una fuente de vida. Las “diez palabras” del Decálogo y el posterior Código de la Alianza donde se concreta cómo debe vivir el hombre ante Dios y ante los demás hombres, en su vida familiar y social, sin excluir su relación con la creación, son el verdadero camino para una vida lograda. Los israelitas agradecen y anhelan las orientaciones morales porque son vida para el ser humano: “Jamás olvidaré tus decretos, pues con ellos me diste vida” (Sal 119,93). “Escúchame, Señor, por tu misericordia, y con tus mandamientos dame vida” (Sal 119,149). Obedecer a la Ley de Dios conduce a respetar, defender y promover la vida. Rechazar la voluntad del Dios defensor de la vida llevar a despreciar, degradar y atacar la vida.

Por eso, desde el comienzo, Israel ha comprendido su relación con Yahvé, su Dios, como una gran Alianza: si Israel es fiel al pacto, Dios será garante de su vida; si, por el contrario, el pueblo abandona a su Dios y se entrega a los ídolos, le espera muerte y destrucción. He aquí la elección que ha de hacer el pueblo: “Mira: hoy pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal. Si obedeces los mandatos del Señor, tu Dios... vivirás y crecerás... Pero si tu corazón se aparta y no obedeces... no vivirás muchos años... Elige la vida y viviréis tú y tu descendencia, amando al Señor, tu Dios, escuchando su voz, adhiriéndote a Él, pues Él es tu vida” (Dt 30, 15-20).

La vida de los pobres

23. El Dios de la vida es, por eso mismo, el “Dios de los pobres” que apenas pueden sobrevivir, y el “Dios de la justicia” que defiende a los amenazados por los abusos e injusticias de los fuertes y poderosos. El Dios fiel a la vida sólo puede revelarse a lo largo de la historia como defensor de la vida del pobre, el débil, la viuda, el extranjero, el desvalido. Por eso, el Dios de Israel es un Dios celoso, pero no de la vida de los hombres, sino de todos los falsos dioses que atentan contra la vida del ser humano.

Conocer a ese Dios es practicar la justicia que da vida y luchar contra la injusticia que mata. Creer en Él es promover la solidaridad con el que sufre y muere abandonado. Escuchar su voz es abrir los oídos y el corazón a su constante llamada: ¿Qué has hecho de tu hermano? (Gn 4,9.10).

Jesús, portador de verdadera salud

24. El Dios que ya en el Antiguo Testamento se revelaba como “amigo de la vida”, se ha encarnado en Jesucristo. En Él han podido los discípulos ver con sus ojos y tocar con sus manos al que es “Palabra de vida” (cfr. 1 Jn 1,1). Pero, Jesús no sólo es portador de vida eterna. Sus palabras y sus gestos están orientados a promover, ya desde ahora, vida y salud en el ser humano. De hecho, éste fue el recuerdo que quedó de Jesús en la primera comunidad: “Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10,38). ¿Qué puede aportar hoy Jesucristo a la búsqueda de un modelo de salud siempre más humano? ¿Dónde puede estar el valor de su contribución más positiva?

La salvación de Dios bajo forma de salud

25. Podemos decir que Jesucristo es el anuncio y el ofrecimiento de la salvación de Dios bajo forma de salud, pues hace presente a Dios en la vida de los hombres como Sanador que irrumpe en sus vidas dando una calidad nueva a su existencia. La sanación entendida de manera integral como recuperación de vida más humana, afirmación de la propia dignidad, crecimiento de la libertad y del señorío de la persona sobre su propio cuerpo, apertura al diálogo con Dios y con los demás, es una experiencia privilegiada en la que y desde la que Jesús anuncia y ofrece la salvación de Dios.

Por eso, Jesús no separa nunca “la proclamación del Reino de Dios” y “la sanación de los enfermos”. Ambas integran el contenido de su actividad mesiánica tal como aparece siempre en los relatos evangélicos: “Jesús recorría toda Galilea... proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y dolencia en el pueblo” (Mt 4,23; 9,35; Lc 6,18, etc.). Es significativo observar que Jesús entiende su acción evangelizadora y su llamada a la conversión como una acción sanadora: “No necesitan médico los sanos, sino los que están mal. Yo no he venido a llamar a la conversión a justos, sino a pecadores” (Lc 5,31-32 = Mc 2,17; Mt 9,12-13).

Más aún. La actividad sanadora es la que mejor caracteriza al Mesías. Es ahí donde mejor se descubren “las obras” del Enviado de Dios: “Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Noticia” (Mt 11,5). Esas curaciones que Jesús ope-

ra a nivel físico, psicológico o espiritual, no son acciones prodigiosas que realiza de manera arbitraria o por puro sensacionalismo, menos aún argumentos de su condición divina, sino que constituyen el símbolo más expresivo de la salvación que aporta el Mesías, la parábola más gráfica y la experiencia donde mejor se condensa e ilumina el sentido, la orientación y el contenido de toda su acción salvadora.

Esta actividad sanadora de Jesús no es sólo una acción médica orientada a curar organismos enfermos o psiquismos deteriorados, no es un mero gesto de compasión y solidaridad. Es epifanía y revelación de la salvación que nos llega desde Dios: “Si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es que el Reinado de Dios ha llegado a vosotros” (Mt 12,28). La acción sanadora de Jesús revela al Dios “amigo de la vida” (Sb 11,26), que se manifestaba ya como el Sanador de Israel: “Yo soy Yahvé, el que te sana” (Ex 15,26). Por eso, cuando el pueblo experimenta la acción sanadora de Jesús, expresa su alabanza y agradecimiento porque “Dios ha visitado a su pueblo” (Lc 7,16).

¿No necesitará el hombre de hoy, legítimamente orgulloso por tantos progresos, pero justamente preocupado por tantas represiones, escuchar a Aquél que “ha venido a buscar y salvar (sózein = sanar) lo que estaba perdido” (Lc 19,10)? Desde esta cultura que se debate entre la búsqueda de una mejor calidad de vida y la amenaza de un grave deterioro humano, ¿no deberíamos abrirnos más a Aquél que ha venido “para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10)? Cristo no ha venido, como es evidente, a suplantarse los esfuerzos de la humanidad por conseguir una vida más sana y lograda, pero sí a revelar las dimensiones verdaderas y totales de una acción sanadora y a promover un “hombre nuevo”, de vida auténticamente sana.

Salud individual y social

26. Jesús no se preocupa sólo de la salud de los individuos. Su anuncio del Reino de Dios pone en marcha un profundo proceso de sanación tanto individual como social. No se trata de lograr en cada individuo el ideal clásico “mens sana in corpore sano” (una mente sana en un cuerpo sano), sino de crear una sociedad sana donde pueda crecer y desarrollarse en todas sus dimensiones un “hombre nuevo”.

Por eso, Jesús cura a los enfermos, pero también promueve salud social. Condena los mecanismos inhumanos y destructivos de aquella sociedad, lucha contra comportamientos patológicos de raíz religiosa, se esfuerza por crear una convivencia más solidaria y fraterna, defiende a los maltratados por la vida y por los hombres de la marginación y el aislamiento social, orienta a todos hacia un nuevo orden de cosas donde reine la verdad, la justicia y el amor, despierta en el hombre la esperanza.

He aquí algunas actuaciones concretas de Jesús que queremos recordar como de interés especial para nuestros tiempos. Jesús defiende una convivencia fundamentada en la verdad y desde la verdad (Lc 6,41-42; Mt 5,37); trabaja por unas relaciones sociales donde el amor tenga la última palabra (Jn 13,35; 15,13) y unifique el comportamiento de las gentes (Mt 22,36-40), y donde se busque “la justicia de Dios” por encima de todo (Mt 6,33); invita a una vida liberada de la esclavitud del dinero (Mt 6,24) y de la obsesión por las cosas (Mt 6,21); se esfuerza por crear una mayor fraternidad entre hombres que se respeten más (Mt 5,21-26), se comprendan mejor (Mt 7,15) y sepan perdonarse (Mt 18,21-22); condena el estado esquizofrénico de una sociedad dividida donde los ricos comen y ríen satisfechos,

mientras, junto a ellos, los pobres y hambrientos siguen llorando (Lc 6,20-26); condena una vida religiosa y moral reducida a legalismo y culto vacío, y olvidada de la justicia y el amor (Lc 11,39-42; Mt 23,23-24).

Salud integral

27. La salud promovida por Jesús no consiste sólo en una mejoría física. Va más allá de la pura eliminación de un problema orgánico o la supresión de una enfermedad. Lo que Él busca es la sanación integral de la persona. La salud física va incluida dentro de una acción sanadora más total y profunda. Se trata de hacer emerger un hombre más sano, liberado del mal que le impide crecer y realizar su destino como persona.

Buscando esa salud total, Jesús cura las enfermedades, pero también libera a las personas del pecado que las desintegra y deshumaniza (Mc 2,5). La salud que Él genera, reconstruye al hombre entero e implica un modo nuevo de vivir, una cualidad nueva en el comportamiento, una verdadera conversión.

Por eso, Jesús se esfuerza por sanar a la persona desde su misma raíz, despertando ese deseo de una vida más digna que se esconde siempre en todo hombre, y urgiendo a la “conversión del corazón”, pues “de dentro del corazón del hombre sale lo malo” (Mc 7,21). Convertirse a Dios es iniciar la sanación de nuestro ser, orientarnos hacia una vida nueva, entrar por un camino que conduce al despliegue y la maduración sana de la persona.

Salud liberadora

28. Jesús entiende la salud como liberación. Para él, sanar es desbloquear lo que impide el desarrollo sano de la persona, y promover aquello que la conduce a una apropiación más plena de su cuerpo y a un señorío más responsable de su propia existencia. Esto es lo que subraya de modo admirable el evangelio de Marcos al narrar las expulsiones de demonios que Jesús realiza (Mc 1,23-28; 5,1-20; 9,17-29).

Por otra parte, Jesús promueve la salud como integración del individuo. Al sanar, Jesús libera de la fragmentación, de la división interior, de lo que es “diabólico” (“diábolos” = lo que separa). La salud que Jesús genera es siempre reconciliación de la persona con su propio ser y con la vida, crecimiento hacia su verdadera vocación, unificación de sus fuerzas físicas, su riqueza emotiva y mental, y su energía espiritual, hacia la realización de su libertad.

Jesús no pone en la vida de las personas cualquier bienestar, sino “shalom”, es decir, paz interior, armonía personal, liberación de la culpa, del miedo y la ansiedad, autoestima, confianza en el futuro. Así despide Jesús a quienes han acudido a Él dañados por la enfermedad o el pecado: “Tu fe te ha sanado. Vete en paz” (Lc 7,50; 8,48). Junto a Él, la persona recobra salud reconciliándose con Dios, fundamento de todo ser, y reconciliándose consigo misma, con los demás y con la creación entera. Por eso, puede decir la Parábola que el “hijo pródigo” reconciliado con el Padre y vuelto a la casa paterna, es recuperado “sano” (Lc 15,27).

Salud responsable pero no idolatrada

29. No toda desgracia o enfermedad ha de ser atribuida a la responsabilidad culpable del individuo. En abierta ruptura con la tradición anterior, para Jesús la ri-

queza, la prosperidad y la salud no son necesariamente signo de la bendición de Dios, ni la desgracia o la enfermedad, signo de maldición. No hay conexión necesaria entre la vida desgraciada y el pecado (Jn 9,3). Pero sería equivocado olvidar la responsabilidad que puede tener cada uno, con su pecado y su conducta patógena, en el deterioro de su propia salud. Ésta es la advertencia de Jesús: “Mira, has quedado sano. No peques más, no sea que te ocurra algo peor” (Jn 5,14).

Por otra parte, Jesús invita a adoptar ante la enfermedad, no el sentimiento de víctima, como si ésta fuera un mal fatal e inexorable, sino una postura responsable: “¿Tú quieres curarte?” (Jn 5,6). Éste es el primer paso para toda sanación verdadera. No basta que el enfermo pida ser curado. Es necesario que él mismo desee sanar desde el fondo de su ser. Desde esta misma perspectiva de asumir la vida con responsabilidad, hemos de leer la invitación que se hace a los curados a caminar de nuevo, valerse por sí mismos y reintegrarse a la convivencia: “Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa” (Mc 2,11; Jn 5,8).

Ser responsable de la salud no es idolatrarla. Nada hay en Jesús que sugiera un culto a la salud como un absoluto al que hemos de subordinarlo todo. También aquí se podría decir que “no es el hombre para la salud sino la salud para el hombre”. Jesús busca la salud como fuerza que nos permite ser más humanos. No se trata de cuidar la vida y cultivar la salud a cualquier precio, actuando incluso de manera inhumana o arriesgando el destino último: “No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar la vida; temed si acaso al que puede acabar con vida y cuerpo en la gehena” (Mt 10,28).

El bienestar físico no tiene, pues, la última palabra. “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4). Es necesario cuidar la vida, pero no hemos de olvidar que “lo primero es buscar el Reino de Dios y su justicia” (Mt 6,31-33). En su búsqueda de calidad de vida y de salud, el hombre sigue siendo responsable ante Dios y ante los demás de lo que hace con su vida. Por eso, hay incluso una manera sana y responsable de perder vida y salud ganándolas para siempre, y es disponer de ellas al servicio del Evangelio. Ésta es la promesa de Jesús: “Quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8,35 y par.).

Salud abierta a la salvación

30. «La vida física, por la que se inicia el itinerario humano en el mundo, no agota en sí misma, ciertamente, todo el valor de la persona, ni representa el bien supremo del hombre llamado a la eternidad»⁴. Por eso, Jesús no es un médico dedicado a diagnosticar males y aplicar remedios, sino un sanador que, al ofrecer la salvación eterna de Dios y poner en marcha ya desde ahora sus exigencias y sus promesas, hace crecer la salud de las personas y de la humanidad. Sería un grave error confundir el plano de la salvación con el de la salud y, más aún –caso no infrecuente entre nosotros–, degradar la religión utilizándola con fines terapéuticos como si se tratara de un remedio más entre tantos otros. La acción redentora de Cristo se opera a un nivel diferente y más profundo que cualquier acción terapéutica, y consiste en salvar definitivamente la vida del hombre restituyéndola a su verdadera dignidad y desplegándola hacia su total plenitud en la vida trinitaria de Dios.

⁴ *Instrucción sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. Respuesta a algunas cuestiones de actualidad*, Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, 22 de febrero de 1987.

Jesús es portador y garante de esa vida eterna, vida salvada, vida cualitativa-mente diferente de esta vida frágil y caduca que ahora conocemos. Por eso, el evangelista Juan presenta a Cristo como “el pan de la vida” (6,35.48); “la luz de la vida” (8,12); “el camino, la verdad y la vida” (14,6); “la resurrección y la vida” (11,25). Todo hombre o mujer “que crea en Él, aunque muera, vivirá” (11,25).

Esta vida eterna puede ser experimentada ya desde ahora por el creyente como luz, fuerza y esperanza. “El que cree tiene vida eterna” (Jn 6,47; 3,36); el que escucha su palabra “tiene vida eterna... y ha pasado de la muerte a la vida” (Jn 5,24); el que come su carne y bebe su sangre tiene vida eterna y Él le resucitará en el último día (Jn 6,54). Pero la experiencia fundamental que garantiza la apertura y orientación de nuestra vida actual hacia esa salvación eterna es siempre el amor: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. No amar es quedarse en la muerte” (1 Jn 3,14).

El cristiano disfruta de la salud o sufre la enfermedad, cuida su vida o se acerca a su término biológico, sabiendo que el hombre no es “un ser para la muerte”, sino para la vida plena de Dios. Él será quien un día “enjugará las lágrimas de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, pues el mundo viejo habrá pasado” (Ap 21,4). También a los que no compartís nuestra fe queremos recordaros la promesa cristiana: “Al que tenga sed, Dios le dará gratuitamente del manantial del agua de la vida” (Ap 21,6).

El Crucificado: un sufrimiento liberador

31. No basta combatir el dolor y los sufrimientos acudiendo a calmantes y analgésicos. No es sano anestesiarse las penas huyendo hacia toda clase de evasiones y drogas. También el hombre de hoy necesita descubrir cuál es la manera más digna y humana de asumir el lado oscuro y penoso de la existencia. En el Crucificado encontramos los cristianos luz, sentido y fuerza para enfrentarnos al sufrimiento.

Amor a la vida

Jesús es para nosotros la manifestación plena de la presencia entre nosotros del Dios vivo que ama la vida. Cuando Dios se encarna y se revela en un ser humano, nos encontramos con un hombre lleno de vida. Los gestos de Jesús, sus palabras, sus inolvidables parábolas, toda su trayectoria nos ofrecen la imagen de un hombre que vive la vida de manera intensa y llena, con realismo, sin idealizarla falsamente y sin envolverla en amargura y desesperanza. Un hombre que crece en el diálogo con Dios, su Padre, y con los hombres, sus hermanos (Mc 1,35-39); que sabe trabajar y entregarse a los que le necesitan (Jn 5,17; 9,4), y sabe descansar y ofrecer descanso a los que conviven con él (Mc 6,31-32; Mt 11,28-29); un hombre que sabe alegrarse y agradecer la vida (Lc 10,21-22; Jn 11,41), y sabe llorar y sufrir con los que sufren (Jn 11,33-36; Lc 7,12-13); un hombre que sabe disfrutar de las fiestas (Jn 2,1-11), y sabe retirarse al silencio para invocar a su Padre (Mt 14,23; Lc 9,18; Mc 1,35).

Jesús aprecia y defiende la vida. Ella vale más que el alimento y el vestido (Mt 6,25). No la maltrata arbitrariamente, no la manipula ni la degrada. Quiere para sí mismo y para todos el bien, la salud, el perdón, la convivencia justa y pacífica, la paz. Por eso, no encontramos en Jesús ese sufrimiento inútil e innecesario que tantas veces aparece en nuestras vidas, generado por nuestro propio egoísmo, el apego

insano a las cosas, el resentimiento, el vacío interior y tantas otras maneras equivocadas de vivir.

Lucha contra el sufrimiento

32. Jesús no ama el sufrimiento ni lo busca arbitrariamente, como si el dolor de la criatura encerrara en sí mismo un valor especialmente grato a los ojos de Dios. No lo quiere ni para los demás ni para sí (Mc 14,34-36; Mt 26,38-39; Lc 22,41-42). Al contrario, la actitud radical que inspira toda su trayectoria es la lucha contra el mal, el sufrimiento y el dolor que amenazan con destruir y deshumanizar la vida del ser humano.

Jesús no vive encerrado en su propia felicidad, indiferente al sufrimiento de los que no pueden ser felices. La plenitud de vida que haya en él no es una anestesia que le impide ser sensible al sufrimiento ajeno. Toda su actuación está inspirada por un objetivo: “salvar la vida, en vez de destruirla” (Mc 3,4). Por eso, lo vemos luchando, de una parte, por eliminar de la vida de los hombres el egoísmo, la injusticia, la insolidaridad y todo aquello que genera sufrimiento injusto y evitable, y entregado, de otra parte, a aliviar y mitigar en lo posible el sufrimiento inevitable de la condición humana (enfermedad, vejez, culpabilidad, muerte).

Aceptación de la crucifixión

33. En su lucha contra el pecado, el mal y todo cuanto puede destruir al hombre, Jesús no se detiene ni siquiera ante su propio sufrimiento cuando éste llega exigido por su servicio a los que sufren, o provocado por quienes rechazan su combate contra la injusticia y su defensa de los maltratados. La cruz de Cristo no es un sufrimiento que Jesús busca de manera masoquista, sino la aceptación sana y creativa de una crucifixión que le viene precisamente por luchar contra el mal.

Jesús no sólo aprecia la vida y la defiende, sino que incluso entrega la suya propia como servicio supremo de amor para que la humanidad no termine en muerte y destrucción definitiva. “Yo doy mi vida... Nadie me la quita. Yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo” (Jn 10,17-18). Si Jesús se entrega hasta la muerte no es porque desprecie la vida, sino porque la ama tanto que la busca y la quiere para todos, incluso para los más infelices y desgraciados, y porque la busca y la quiere definitiva, plena y eterna.

Esta “salud crucificada” por amor a la vida plena del ser humano es “escándalo y necesidad” para los modelos de salud vigentes hoy en la sociedad. Pero, desde la fe cristiana, es el criterio último de toda salud que se quiera plenamente humana y no desfigurada ni desvirtuada por el egoísmo, la insolidaridad o la injusticia. Más aún. Esta “vida crucificada” es para los creyentes la revelación suprema del amor de Dios al hombre y de su aprecio y defensa de la vida humana.

Lo positivo de la cruz

34. Jesús no adopta ante el sufrimiento una postura de rebelión y desesperanza; tampoco de autocompasión. No se doblega ante el mal como algo fatal e inexorable; el estoicismo no es todavía una actitud cristiana. Tampoco lo exalta, pues el sufrimiento sigue siendo malo y amenazador para el ser humano. Jesús lo acepta y lo padece como una experiencia dentro de la cual puede vivir de manera positiva y

plena el amor, que es el valor último y absoluto que da sentido y plenitud a toda vida humana.

El amor que Jesús vive en la cruz es, ante todo, comunión total con Dios, su Padre. Jesús muere gritando: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46). El Crucificado se abre confiadamente al Padre, no como a un Dios que descarga su ira contra él buscando su destrucción, sino como a un Padre que también ahora está silenciosamente sufriendo junto a él, que no puede liberarlo de la muerte sin anular la libertad de los hombres y retirarles su amor infinito, pero que revelará toda la fuerza de su amor vivificador resucitando a Jesús de entre los muertos.

Pero, al mismo tiempo, el amor del Crucificado es comunión con todos los crucificados y servicio redentor a toda la humanidad. Jesús pide amor y perdón para los hombres: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). En la cruz alcanza así su plenitud el servicio a la vida, que ha hecho vivir a Jesús “des-viviéndose” por los demás. En la cruz se nos revela así el amor infinito de Dios capaz de entregar su vida por los hombres. Las palabras de Jesús sirven también para asomarnos al misterio insondable del amor de Dios: “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos” (Jn 15,13).

La resurrección de Cristo, principio de vida nueva

35. Muchas veces os hemos hablado de la resurrección de Cristo como acontecimiento salvador que constituye el fundamento de nuestra propia resurrección y es promesa de vida eterna. Hoy queremos invitaros a descubrir en ella la fuente de un dinamismo nuevo de nuestra vida actual.

Resucitar a una vida nueva

La muerte, en cuanto destrucción de vida, no es sólo la extinción biológica del hombre. Antes de que llegue el final de nuestros días, la muerte invade de muchas formas nuestra existencia diaria quitándonos vida. El pecado, que paga siempre con la muerte (Rm 6,23), mata en nosotros el amor creador, arruina nuestra dignidad humana, oscurece la verdad en nuestra conciencia, apaga la alegría interior, nos empobrece como personas. Poco a poco, nos instala en un egoísmo estéril, nos encierra en la indiferencia ante los demás y nos inclina a vivir parasitariamente de los otros.

La experiencia pascual ha sido para los primeros cristianos una invitación a vivir la vida como “un proceso de resurrección”, muriendo al pecado que nos deshumaniza y resucitando a una vida nueva “para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rm 6,4). Entrar en esta dinámica pascual es “revestirse del Hombre Nuevo, creado a imagen de Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4,24), escuchar sus palabras que son “espíritu y vida” (Jn 6,63), acoger en nosotros su Espíritu vivificador, y vivir creciendo, reavivando “la esperanza contra toda esperanza” (Rm 4,18), e intensificando nuestra capacidad para el amor fecundo y la solidaridad generadora de justicia.

El Espíritu, Señor y dador de vida

36. Para los cristianos, es el Espíritu del Resucitado, recibido del Padre como regalo, el que crea en nosotros ese dinamismo misterioso de vida nueva. Es el Espíritu

el que nos enseña a conocer y saborear la verdad esencial de la vida sin quedamos en lo superficial (Jn 14,17.26). Él nos libera del vacío interior y de la soledad difícil haciendo de nosotros su templo (1 Co 6,19). Él hace que para nosotros Cristo sea nuestra vida (Ga 2,20).

Es el Espíritu el que, convertido en fuente permanente de vida (Jn 7, 37-39), nos renueva constantemente de nuestro pecado y deterioro diario. Él viene en ayuda de nuestra debilidad (Rm 8,26) y llena el corazón del hombre de confianza gozosa, pues nos hace vivir, no bajo la esclavitud del miedo, sino con espíritu de hijos que pueden gritar a Dios, “Abbá, Padre” (Rm 8,15; Ga 4,6-7). Él nos abre a una comunicación nueva y más profunda con Dios y con nosotros mismos (Rm 8,26; 8,16), y a una comunión más estrecha con los otros (2 Co 13,13). Los frutos de ese Espíritu manifiestan la verdadera calidad de una vida humana: “amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí” (Ga 5,22-23).

La lucha por la vida

37. El Dios que resucita a Jesús es un Dios que pone vida donde los hombres ponen muerte. Así predicán los apóstoles: “Vosotros lo matasteis... pero Dios lo resucitó” (Hch 2,23-24). Los hombres matan, Dios genera vida. Quien cree en este Dios resucitador, “Dios de vivos”, comienza a amar la vida de manera radicalmente nueva y con amor total. Afirma y defiende la vida actual del ser humano, y espera y busca la vida eterna frente a cualquier falsa absolutización de la vida reducida al disfrute o padecimiento del presente.

Pero, además, la fe pascual impulsa al creyente a tomar partido por la vida dondequiera que ésta se vea lesionada, ultrajada o destruida. Su lucha contra la muerte no nace sólo de unos imperativos éticos, sino de la fe en este Dios resucitador, “amigo de la vida”. Si Dios se revela en la resurrección a favor del Crucificado y frente a los crucificadores, también el cristiano ha de ponerse de parte de los que son crucificados, incluso con riesgo de provocar su propia crucifixión.

Morir hacia la vida eterna

38. La fe en la resurrección nos invita a los cristianos a no acercarnos a la muerte como a la definitiva extinción de la vida. La muerte cristiana es “con- morir con Cristo” hacia la vida eterna de Dios. Ésta es nuestra esperanza: “Aquél que resucitó al Señor Jesús, nos resucitará también a nosotros con él” (2 Co 4,14). Dios no es sólo el Creador que ha puesto en marcha la vida que conocemos, sino “el Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean” (Rm 4,17).

Esperar en esta resurrección significa mucho más que creer en la inmortalidad del alma. No es sólo el alma del hombre la que alcanza su plena realización, sino también su corporalidad. Es el hombre entero, incluido su cuerpo, y, por tanto, su mundo concreto, su historia y su vida entera, el que recibe de Dios un futuro nuevo y pleno. En realidad, los cristianos no creemos propiamente en “otra” vida, sino en esta vida transformada y plenificada por Dios en Cristo resucitado.

Tampoco se ha de confundir la fe cristiana con la creencia en la reencarnación, que suscita en algunos ambientes un interés no desdeñable. Según esta creencia, los hombres han de reencarnarse y peregrinar por varias vidas hasta alcanzar su purificación definitiva. En ese supuesto, los individuos carecerían cada uno de verdadero valor, pues lo importante sería la eterna génesis del Ser. La realidad se

desplegaría en una sucesión indefinida y recurrente de nacimientos y muertes, sobre el fondo inmutable del Ser Absoluto, y los individuos irían circulando y reencarnándose una y otra vez, como una necesidad en la génesis del Todo. Desde la perspectiva cristiana, por el contrario, Dios crea por amor la vida de cada individuo como un ser único y singular. Cada vida es preciosa y no será nunca sacrificada para confundirse con el Todo divino. Cada hombre será acogido para entrar, en diálogo personal con Dios y gozar en todas sus dimensiones y sin perder su propia identidad originaria, del Misterio del Amor Trinitario.

IV.- PARA UNA CULTURA DE LA VIDA, DIGNA DEL HOMBRE

39. Somos conscientes de la complejidad de muchas de las cuestiones que hoy se debaten en el ámbito de la vida y de la salud. No podemos, por otra parte, entrar en el análisis de los problemas concretos. Pero sí queremos ofrecer, desde el horizonte de nuestra fe cristiana, una reflexión orientadora que quiere contribuir a promover entre nosotros una cultura de la vida, digna del hombre.

La defensa de la vida

Ante estados de opinión generalizados, actitudes y condicionamientos sociales que crean entre nosotros un caldo de cultivo que facilita diversas agresiones a la vida, hemos de despertar nuestra responsabilidad y compromiso lúcido y efectivo en defensa de la vida humana. Ella es “el fundamento de todos los bienes, la fuente y condición necesaria de toda actividad humana y de toda convivencia social. Si la mayor parte de los hombres creen que la vida tiene un carácter sacro y que nadie puede disponer de ella a capricho, los creyentes ven a la vez en ella un don del amor de Dios, que deben conservar y hacer fructificar”⁵.

Frente a la vida como producto

40. La vida es percibida, a menudo, como producto de la capacidad y poder del hombre, más que regalo y don del Creador. Hasta el hijo viene considerado, a veces, como “un producto” elaborado por los padres y sometido al correspondiente control de calidad. El problema está en que este hombre, cada vez más capaz de “hacer” la vida, es también más capaz de “deshacerla”. Por otra parte, esta mentalidad puramente productiva fácilmente introduce una sutil discriminación contra las vidas no deseadas, molestas o “improductivas”: niños no nacidos, ancianos, disminuidos físicos o mentales, vidas defectuosas.

¿No necesita el hombre contemporáneo reaccionar contra esta mentalidad, puro reflejo del mundo económico e industrial, para recuperar el sentido de la vida como don de Dios, digna de cuidado y amor personal, llamada a desarrollarse de manera única y singular, destinada a una plenitud trascendente?

Darí, así, un contenido más responsable y humano a nuestra actitud ante la vida del débil, del no nacido, del anciano o del moribundo. Y aceptaría la inquebrantable dependencia que liga al ser humano con Alguien que es más que él y de quien ha recibido la vida como un don. La defensa de la vida humana, de toda vida humana, es un imperativo ético que no puede ser violado sin eliminar, por ello mismo, uno de los quicios fundamentales de la convivencia humana y social.

Contra dogmatismos fanáticos

41. El hombre necesita convicciones firmes para desarrollar la vida, pero cuando éstas se convierten en dogmatismos fanáticos, intolerantes y excluyentes, se va fraguando, en algún grado, el rechazo y hasta la eliminación del contrario. En todo dogmatismo haya siempre una amenaza para la vida, cualquiera que sea la forma

⁵ *Declaración sobre la Eutanasia*, Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, 27 de junio de 1980.

bajo la que se presente: intolerancia política, racismo, individualismo insensible al necesitado.

Nuestro pueblo ha de seguir reaccionando, de manera sana, pero firme y creciente, contra todo dogmatismo político o ideológico que lleve a derramar sangre humana. Sobre la muerte no se construye nunca una vida digna del hombre. ETA debe dejar de matar. Los instigadores últimos de la violencia terrorista, los que dan las órdenes para eliminar vidas concretas, los que asesinan, los que ofrecen la información o colaboración necesarias, han de saber que están luchando contra el hombre. El pueblo no los quiere para construir su futuro. Los que piden las muertes a ETA, los que las aprueban o excusan, los que las contemplan con simpatía, han de preguntarse qué queda en sus conciencias de amor verdadero al ser humano.

Por otra parte, apoyamos y animamos a todos los que, individualmente o formando parte de colectivos nacidos en favor de la paz, reaccionan ante cada muerte despertando la conciencia social en defensa de la vida y contra la destrucción del hombre.

Contra la tiranía de la programación

42. La planificación realizada de manera responsable es signo de progreso racional y camino para humanizar la vida. Pero cuando se convierte en programación sistemática e inflexible, inspirada sólo por objetivos de carácter económico y material, puede convertirse en amenaza para la vida. La misma “planificación de los hijos” que es, sin duda, victoria de la razón sobre el azar de la naturaleza, puede ser instrumentalizada al servicio de un egoísmo estéril, o ser manifestación de un miedo a la vida poco conforme con la visión más positiva que de ella nos ofrece la fe cristiana.

El hombre de hoy ha de reaccionar contra la tiranía de una programación industrial que exige cada vez más víctimas en aras de un determinado desarrollo inspirado por nuestra particular cultura del bienestar. Hemos de ser más lúcidos frente a políticas de salud y natalidad especialmente peligrosas para vidas incipientes o defectuosas. ¿Es humano seguir fomentando esa actitud tan propia del hombre contemporáneo, incapaz de reaccionar ante la sorpresa de la vida de otra manera que eliminando los resultados no programados? ¿No se ha de mantener una actitud más abierta y generosa ante el don de la vida?

Ética de la calidad de vida

43. El criterio de la calidad de vida es un producto típico de la cultura del Primer Mundo, y se halla determinado, en buena medida, por el desarrollo material y económico de las sociedades industrializadas. Pero, ¿no necesita de discernimiento y purificación para ser puesto al servicio de una vida verdaderamente humana?

Contenido humano de la vida

El contenido de la calidad de vida, tal como se entiende en la sociedad actual, se reduce con frecuencia a un tipo de bienestar que puede medirse con índices económicos o de consumo, y ser evaluado a partir de métodos de control semejantes a los utilizados en los procesos industriales. Sin embargo, la verdadera calidad de vida debería desarrollar todo lo que significa “cualidad” de la persona en cuanto

individuo original, diferenciado de los demás seres, capaz de amor y libertad responsable, y llamado a crecer en la convivencia y el diálogo social.

Es una equivocación confundir la calidad de vida con el “índice de la renta nacional”, el desarrollo industrial o el crecimiento del consumo. No es bueno todo lo que aumenta el bienestar material, ni malo lo contrario. El desarrollo material de la vida ha de estar subordinado al cultivo integral de la persona en todas sus dimensiones, sin reducirse a pura obtención de ventajas económicas o satisfacción de necesidades secundarias, mientras se ignoran o descuidan las que son esenciales al ser humano para la realización plena de su vocación y destino, como pueden ser el cultivo de la vida espiritual, el desarrollo de la conciencia moral o el crecimiento de la solidaridad. Así lo ha recordado Juan Pablo II: el progreso ha de estar ordenado a “promover el desarrollo y el bien integral, completo, del hombre, que abarca no sólo la actividad material, económica o social, sino todo el progreso de su vida espiritual, fuera del cual el hombre quedaría siempre incompleto y truncado”⁶.

Calidad de vida, ¿para quién?

44. Es ésta una pregunta que no se ha de soslayar, pues tras la presunta calidad de vida puede esconderse un egoísmo cultural que nos lleva al abandono o rechazo de vidas “molestas” que crean situaciones difíciles o exigen sacrificios y entrega. No hemos de olvidar, por otra parte, que la calidad de vida del Primer Mundo progresa, en gran medida, a costa del subdesarrollo, la miseria y el hambre del Tercer Mundo.

Hemos de preguntarnos, sin cobardes tergiversaciones: ¿calidad de vida para todos, o sólo para mí y los míos?, ¿calidad de vida para los parados, o bienestar general para los fuertes e instalados?, ¿calidad de vida para el anciano, o comodidad para quienes deberían ocuparse de él?, ¿calidad de vida para el que todavía no ha nacido, o bienestar para los padres que prescindan de él?, ¿calidad de vida sólo para los europeos, o para todos los hombres? Sería de mayor calidad humana una cultura que promoviera el sacrificio personal y familiar al cuidado de los más débiles, introdujera una ascética social al servicio de los más necesitados y promoviera una solidaridad mayor con los pueblos subdesarrollados.

Una salud humana

45. Desde que la Organización Mundial de la Salud (OMS) la definió en 1946 como “un estado de perfecto bienestar físico, mental y social, y no sólo la ausencia de enfermedad”, el concepto de salud ha sido debatido y enriquecido desde múltiples perspectivas. Nos permitimos hacer algunas consideraciones básicas.

Responsabilidad personal

Hemos de evitar que el desarrollo de la ciencia médica y la asistencia sanitaria nos hagan olvidar nuestra propia responsabilidad. La salud no ha de quedar confiada exclusivamente a los productos farmacéuticos o al tratamiento médico. Cada uno de nosotros somos los primeros responsables y constructores de nuestra propia salud con nuestros hábitos de vida y el enfoque que damos a nuestra existencia.

⁶ Homilía de Juan Pablo II en Mendoza, 7 de abril de 1987.

Un estilo de vida sano exige no dañar el cuerpo y no maltratar el espíritu. Pide aprender a alimentarse de manera correcta, hacer una vida sobria y moderada, guardar un ritmo saludable de trabajo y descanso, vivir una sexualidad sana, hacer ejercicio físico, no aislarse del contacto con la naturaleza. Pero pide también pasar del resentimiento a la confianza, de la intransigencia a la tolerancia, del aislamiento a la comunicación, de la conflictividad a la pacificación, del aburrimiento al amor creativo.

Hemos de aprender a escuchar los mensajes que el mismo cuerpo nos envía. Trastornos y disfunciones como el estrés, la tensión, el insomnio o la inapetencia nos están advirtiéndole de alguna desarmonía en nuestro vivir y nos están llamando a cuidar con más atención algún aspecto de nuestra vida. No es malo tampoco, en algunas enfermedades, preguntarnos por qué hemos enfermado. A veces, se nos está invitando a asumir con más responsabilidad el cuidado de nuestra vida; otras, se nos está urgiendo a un cambio de vida y a una renovación total.

La salud como tarea moral

46. La salud, como realidad humana positiva, es más que la mera ausencia de enfermedad. No basta eliminar trastornos físicos o psíquicos para producir auténtica salud humana en el individuo. La salud humana puede ser considerada como una cualidad de la vida o un modo de vivir orientado al crecimiento integral, libre y responsable de la persona. Desde esta perspectiva, se puede decir que la persona está sana en la medida en que es capaz de orientar sus fuerzas físicas, mentales, psicológicas y espirituales hacia el crecimiento de su libertad.

Por eso, se ha podido hablar de posturas sanas en medio de la enfermedad, y posturas enfermizas en ausencia de la misma. Si una persona vive sin objetivos ni proyecto vital alguno, sin dar sentido a su existencia, replegada estérilmente sobre su propio yo, aunque no se le pueda detectar ninguna enfermedad médica, su modo de vivir no es humanamente sano. Por el contrario, cuando un hombre atrapado por la enfermedad incurable sabe asumir libremente su deterioro, y, desde su estado médicamente precario, es capaz de seguir abierto a los auténticos valores, de él puede decirse que vive su enfermedad de manera sana.

Por eso, la lucha técnica contra la enfermedad no genera ella sola un hombre sano. Son necesarios también el esfuerzo personal, la acción educadora, la sensibilización moral, para que la persona aprenda a vivir liberándose de esclavitudes y servidumbres que impiden u obstaculizan su desarrollo integral y armonioso. Creemos necesario que el hombre de hoy entienda la salud, no sólo como un bienestar físico-psíquico, sino como una tarea moral que consiste fundamentalmente en apropiarse cada vez más del cuerpo y del psiquismo humano para ponerlos al servicio de la libertad y de la capacidad de amar de la persona.

Fuerza para vivir como hombres

47. Planteada como “perfecto bienestar”, la salud no deja de ser una ingenua utopía de vida sin sufrimiento, dicha sin dolor, sociedad sin conflictos. Por mucho que se desarrollara la medicina, la psicoterapia o la terapia social, esa salud perfecta seguiría siendo una meta inalcanzable. Por otra parte, ese ideal supremo de salud está introduciendo en algunas personas una postura poco sana ante la vida. Cuando se idolatra el ideal de la salud, cualquier sufrimiento o enfermedad roba la confianza y arruina la autoestima. Con frecuencia observamos que el culto moderno de la

salud está produciendo precisamente aquello que trata de superar: el temor a la enfermedad.

Por ello, vemos como muy positiva y saludable la postura de quienes afirman y promueven la salud como fuerza para realizar la existencia humana en cualquier situación. Capacidad para ser humanos en el bienestar físico y en el sufrimiento, en el vigor de la juventud y en el deterioro de la vejez, en el disfrute de la vida y en la aceptación esperanzada de la muerte. Desde nuestra visión integral del ser humano, queremos afirmar que “ser hombre” ha de estar siempre por encima del “estar sano” médicamente. No hemos de vivir para cuidar nuestra salud, sino cuidar la salud para vivir como seres humanos.

Cultura sana del cuerpo

48. Sería un grave error hablar de la salud integral del hombre despreciando o descuidando la salud corporal. Más aún, hacerlo en nombre de la fe cristiana, como no pocas veces ha podido suceder.

Visión positiva de la corporalidad

El cuerpo no es sólo una máquina cuyo buen funcionamiento hemos de asegurar, sino una realidad básica de nuestro ser, que hemos de cuidar de manera responsable como lugar central de la experiencia humana. Nuestras sensaciones, sentimientos, procesos mentales, actitudes espirituales o experiencias religiosas, se enraízan y tienen como punto de partida nuestro cuerpo. No es que “tenemos un cuerpo”, sino “somos cuerpo” animado por una vida humana. Con palabras de Juan Pablo II hemos de decir que “el cuerpo no es un objeto cualquiera. Es, ante todo, alguien; en el sentido de que es manifestación de la persona”⁷.

Nuestro cuerpo es lugar de encuentro y comunicación con los otros. Desde el cuerpo y a través del cuerpo nos expresamos y comunicamos con los demás. Las palabras, los gestos, las miradas, el rostro, las manos, la sonrisa, el beso... el cuerpo entero, nos permite expresar lo que somos y vivimos, realizarnos y comunicarnos con los demás. Al mismo tiempo, nuestro cuerpo es lugar de encuentro con Dios. Desde el cuerpo y a través del cuerpo se abre el hombre a la obediencia a Dios, a la invocación, a la alabanza y a la acción de gracias. Cuidar nuestro cuerpo es cuidar nuestro ser en sus mismas raíces.

Señorío sobre el cuerpo

49. No hemos de olvidar, sin embargo, que el cuerpo puede ser fuente de libertad o de esclavitud. Puede ayudarnos a vivir con señorío, y puede ser tirano que nos esclaviza. El cuerpo nos permite comunicarnos con los demás, pero también encerrarnos en nosotros mismos. A través del cuerpo podemos expresar nuestra verdad, pero también ocultarla. En el cuerpo se vive la obediencia a Dios, pero también la rebelión y el rechazo. Por eso, no basta un “culturismo físico” del individuo. Es necesaria también la ascesis que subordine el cuerpo al señorío de la persona.

Por otra parte, el hombre no es sólo cuerpo. En el ser humano hay otras dimensiones que es necesario atender. Si la persona no cuida su riqueza emocional y

⁷ Mensaje a los jóvenes de Francia, 1 de junio de 1980.

afectiva, su armonía mental y síquica, su vida espiritual y su apertura a Dios, y termina por identificarse casi exclusivamente con su cuerpo, fácilmente quedará destruida cuando llegue la enfermedad, el deterioro, la vejez o la desgracia. Queremos denunciar también ese culto pagano del cuerpo joven, vigoroso, bello y sexy que termina por hacer del cuerpo humano una caricatura. El verdadero cuidado del cuerpo se integra de manera sana dentro del desarrollo total de la persona.

Actitud sana ante el sufrimiento

50. Con frecuencia se habla del sufrimiento de manera excesivamente genérica, sin precisar la diversidad de sufrimientos existentes, las diferentes causas que los provocan, o la diferente postura que hemos de adoptar ante ellos. De ahí la necesidad de cultivar una actitud sana, tanto más cuanto que una presentación equivocada de la cruz ha podido introducir posturas poco saludables.

Eliminar el sufrimiento inútil

Según los expertos, una gran parte del sufrimiento de las personas es, con frecuencia, sufrimiento engendrado por el mismo individuo con su pecado o su manera equivocada de vivir. Este sufrimiento no es “cruz” que hay que asumir, sino un mal que Cristo no conoció y del que nos hemos de liberar, precisamente para un seguimiento más fiel tras sus huellas. La eliminación de este sufrimiento innecesario es siempre saludable para la misma persona y para su entorno, pues los resentidos crean resentimiento, los que viven en conflicto consigo mismos crean conflictividad, los descontentos de sí mismos crean descontento.

La postura sana ante el sufrimiento inútil es descubrir sus raíces y trabajar por suprimirlas. La sana “mortificación” consiste precisamente en “dar muerte” al pecado que nos impide disfrutar sanamente de la vida. Muchas personas entrarían por un camino de vida más saludable si se liberaran del egocentrismo que siembra su vida de preocupaciones y angustias innecesarias, y se entregaran con más generosidad a los demás; si vivieran con menos apego al dinero y a las cosas, fuente de tantas frustraciones y vacíos, y acertaran a disfrutar de una vida más sencilla y sobria; si no se dejaran atrapar por la envidia, y se contentaran con gozar su vida, sin “mirar de reojo” la de los otros.

Sufrir por luchar contra el sufrimiento

51. Un hombre digno de este nombre no puede ignorar a los que sufren. Al contrario, una vida sana estará siempre orientada a quitar sufrimiento de la vida de los demás. La persona sana sabe que no tiene derecho a ser feliz sin los demás ni contra los demás. La manera humana de buscar felicidad es buscarla para todos.

De esa lucha contra las injusticias y abusos que generan en tantas personas sufrimiento y dolor, y de ese esfuerzo por mitigar o aliviar el que viene producido inevitablemente por la enfermedad, la vejez, la desgracia o la muerte, brotará siempre un sufrimiento que es necesario asumir, como precio y consecuencia de nuestra voluntad de combatir el mal. Todos podríamos evitarnos muchos sufrimientos, amarguras y sinsabores. Bastaría con cerrar los ojos al sufrimiento ajeno y encerrarnos egoístamente en nuestro mundo. Pero sería a un precio costoso: dejando de amar y siendo menos humanos.

Asumir el sufrimiento inevitable

52. Tarde o temprano, todos nos encontramos en la vida con el sufrimiento inevitable: enfermedad, vejez, desgracia, pérdida de seres queridos. Es el lado oscuro y doloroso de la vida, que revela y es fruto de nuestra radical limitación de criaturas. Podemos retrasarlo o atenuarlo, pero no suprimirlo. ¿Qué hacer ante lo inevitable?

Una postura frecuente es la rebelión; postura explicable, pero que, por lo general, intensifica todavía más el sufrimiento, exaspera a la persona y puede llevar a la desesperación. Otra actitud es la ansiedad; lo que hace sufrir es, sobre todo, el futuro; por ese camino, la persona se vacía de energías para afrontar su mal. Algunos caen en el aislamiento; sólo se relacionan con su desgracia; no se dejan aliviar por nadie; así, es fácil destruirse y anularse cada vez más. Otros adoptan la postura de víctimas; viven compadeciéndose de sí mismos, sintiéndose maltratados siempre y en todo; la persona no puede crecer.

El sufrimiento siempre es malo. Pero es una experiencia mala en la que se puede vivir algo positivo. El sufrimiento se me ofrece como posibilidad. Soy yo quien ha de decidir qué voy a ser, qué voy a vivir en el interior de esa experiencia dolorosa. Un sufrimiento que no es vivido interiormente queda en un hecho bruto, que no contribuirá a construir mi vida y que puede, por el contrario, destruirla.

El cristiano vive el sufrimiento en comunión con el Crucificado. El sufrimiento sigue siendo algo malo, pero precisamente por eso, se convierte en la experiencia que permite vivir y expresar con más realismo y verdad la fidelidad radical al Padre, y la solidaridad y el amor real a los hombres. En el sufrimiento, el cristiano sigue amando y confiando en Dios, no en un Dios que le envía padecimientos para hacerle sufrir, sino en un Dios que está junto a él, buscando también ahora lo mejor y más conducente a la vida. Por otra parte, en el sufrimiento, el cristiano comulga con los que sufren, no teóricamente ni desde la palabra fácil de consuelo, sino de manera real y solidaria, compartiendo el mismo sufrimiento.

El sufrimiento se convierte entonces en redentor, pues en su interior puede vivir el hombre la actitud más opuesta al pecado que mata. Mientras el pecado consiste en buscar egoístamente la felicidad, en ruptura con Dios y con los demás, la cruz consiste justo en lo contrario: buscar la comunión con Dios y con los hermanos precisamente en la ausencia de felicidad. Por eso, el cristiano vive su cruz, no como derrotado, sino como portador de una esperanza final que se fundamenta en Cristo crucificado, resucitado por el Amor vivificador del Padre.

La experiencia humana de la enfermedad

53. Entre nosotros se aborda casi siempre la enfermedad desde una perspectiva médico-sanitaria. ¿Dónde aprender a vivirla como experiencia humana que puede contribuir a nuestro crecimiento personal?

Ruptura de la seguridad

La enfermedad rompe todos nuestros proyectos y seguridades. Estamos tan habituados a vivir que la salud nos parece lo normal. Creemos disponer de energía inacabable y, de pronto, llega la enfermedad, y nos vemos obligados a detenernos,

abandonar nuestro trabajo, acogernos a un centro sanitario y permanecer en un lecho.

La enfermedad se nos puede presentar como algo absurdo, irracional e injusto. En realidad, nos está revelando nuestra condición de criaturas frágiles y vulnerables. Puede ser el momento del realismo y la aceptación humilde de nuestra contingencia. Para el creyente, además, el momento de la invocación confiada al Creador y Padre de nuestra vida.

Fuente de interrogantes

54. En el interior del enfermo, brotan toda clase de preguntas: ¿cómo ha podido suceder?, ¿por qué a mí?, ¿acertarán a devolverme la salud?, ¿podré hacer de nuevo mi vida de siempre?, ¿qué será de mi trabajo, mi familia y mis proyectos? Son preguntas que sacuden a la persona, pues no se refieren a sus cosas, sino a su propia identidad y a su proyecto de vida. Preguntas que pueden hacerse más hondas: ¿esto ha sido todo? Ahora, ¿tengo que morir?, ¿para qué he vivido?, ¿qué sentido tiene todo?, ¿qué va a suceder en mi muerte?

La enfermedad es casi siempre momento de meditación, pues lleva al recogimiento y a la interioridad. El enfermo recuerda y revive. Recoge en su interior recuerdos y afectos, éxitos y fracasos, errores y pecados. La enfermedad grave conduce casi espontáneamente a hacer una síntesis de la vida. En sus largas horas de silencio, el enfermo se encuentra consigo mismo y con su pequeña historia. Puede ser el momento de la derrota impotente y del aniquilamiento. Pero puede ser también el momento de apropiarse de la existencia de una manera nueva y más humana. Para el creyente, puede ser el momento de una síntesis cristiana de su vida y la gestación de una conversión más real a Dios y a su proyecto salvador, en actitud de confianza filial.

Revelación de lo esencial

55. La enfermedad grave conduce a lo esencial. Caen nuestras falsas ilusiones, y se descubre la inconsistencia de muchas de nuestras actitudes. Se nos revela con más claridad lo que no quisiéramos perder nunca: el amor de las personas, la paz, la vida, la esperanza. La enfermedad nos ayuda a abrir los ojos a lo importante y decisivo.

La enfermedad grave se convierte así en una interpelación decisiva para la persona. Al enfermo se le pide algo que sólo él puede poner. Nadie le puede sustituir. En las situaciones límite de la vida es cuando más solos estamos. Ante la proximidad de la muerte, es el enfermo el que ha de optar. La muerte ya no es una posibilidad lejana. Es la hora de la verdad en la que el enfermo ha de decidir qué sentido y orientación quiere dar definitivamente a su existencia. Para el cristiano, es el momento de realizarse como creyente, diciendo sí incluso a lo incurable, y aceptando la propia muerte con la esperanza puesta en Cristo resucitado.

La conclusión de la vida

56. Hay quienes temen más la vejez que la misma muerte. Otros la temen precisamente porque nos enfrenta al final de nuestros días. ¿Cómo vivir de manera humana la maduración final de nuestra vida?

Aceptar la disminución

Nuestra vida tiene unos límites, y es inútil e ingenuo ignorarlos. Con los años, el organismo humano se va desgastando y pierde vitalidad. La capacidad de los sentidos se va entorpeciendo, las fuerzas se debilitan, disminuyen la memoria y demás facultades psíquicas, la salud se hace más vulnerable. La persona experimenta su desvalimiento progresivo y la necesidad de depender de otros.

Sin duda, la vida del mayor depende, en buena medida, del entorno familiar, de las condiciones de jubilación, de los amigos, de su estado de salud. Pero hay algo que depende, en gran parte, de él mismo: aprender a aceptar las disminuciones del envejecimiento. La vejez puede ser el momento de repensar en profundidad la vida, para aprender a valorar y vivir no sólo la actividad y el esfuerzo, sino también la contemplación y la aceptación; no sólo el vigor y el decoro, también la debilidad y la humildad. Qué importante puede ser, entonces, aprender a vivir, no desde los méritos, sino desde la gracia de ese Dios que promete así: “Hasta vuestra vejez, yo seré el mismo; hasta las canas, yo os sostendré; yo lo he hecho y yo os seguiré llevando; yo os sostendré y os liberaré” (Is 46,4).

El arte de envejecer

57. También la vejez tiene sus posibilidades cuando la persona sabe vivir con espíritu y sabiduría, sin caer en la amargura y la negatividad. Como se ha dicho con acierto, lo importante no es añadir años a nuestra vida, sino añadir vida a nuestros años.

La vejez puede ser el tiempo de aprender a vivir más despacio, encontrándonos con nosotros mismos y recuperando la paz interior. Tiempo para disfrutar de manera más sosegada, de cada experiencia, de cada persona, de cada encuentro. El momento para hacer un balance sereno y agradecer a Dios el regalo de la vida, tal como ha sido, con sus horas hermosas y sus experiencias amargas. El momento de confiarlo todo en manos de ese Dios bueno que comprende nuestras equivocaciones, perdona nuestros pecados más oscuros y humillantes, y nos acepta como somos.

Puede ser también el tiempo de la sabiduría y de la verdad, para relativizar con un cierto humor tantas cosas que no tenían la importancia que les hemos dado a lo largo de la vida. Tiempo para recordar lo esencial y para mirarlo todo, incluidos nosotros mismos, con más realismo, comprensión y ternura. Para el creyente, puede ser el momento de pararse a rezar despacio y sin prisas. Un rezo sencillo que convierta esas largas horas de silencio, soledad y, tal vez, sufrimiento, en maduración confiada para el encuentro final con Dios.

La fuerza saludable de la fe

58. Queremos, por último, recordar que en la fe cristiana se encierra una fuerza capaz de orientar al ser humano hacia una vida más sana y plena. Dejando otros muchos aspectos, sólo señalaremos su contribución en una triple dirección: aportando sentido, sanando las relaciones de la persona y proporcionándole la base espiritual que permita su sano crecimiento.

Una vida con sentido

No son pocas las personas que viven atrapadas por el vacío de sentido, sin advertir conscientemente que puede ser el factor que introduce mayor malestar y desintegración en sus vidas. La falta de sentido conduce fácilmente a conductas patógenas: consumo de sexo despersonalizado e insolidario, evasión hacia el alcoholismo y las drogas, desarrollo del aburrimiento y del vacío interior, suicidio psíquico y físico.

El creyente que acierta a vivir el horizonte del Dios revelado en Jesucristo, encuentra en su fe una fuerza inapreciable para dar sentido a sus luchas y trabajos, y una esperanza última a toda su existencia. La persona que vive desde la fe, se enraíza así en la vida de una manera positiva y sana. Ser cristiano es justamente descubrir desde Cristo la manera más acertada de enfrentarse al enigma de la vida y al misterio de la muerte.

Vivir en la verdad

59. El hombre no puede crecer de manera sana cuando vive en una relación falsa con Dios, consigo mismo, con los demás y con las cosas. Su vida entera queda desvirtuada y desintegrada, privado de la verdad que hace libre a la persona. La fe puede ser entonces la fuerza unificadora que recomponga esa vida y ayude al ser humano a vivir en la verdad, reconciliado con Dios, consigo mismo, con los demás y con la vida.

Hoy se da gran importancia a la culpabilidad como fuente de heridas y conductas poco saludables, y se ofrecen, toda clase de técnicas y estrategias psicológicas para relativizar la propia responsabilidad, provocar el olvido o recuperar la autoestima. Pero, ¿podrán aportar la paz interior, la seguridad íntima y el gozo que despierta en el creyente la fe en el perdón real de Dios, perdón total y absoluto, nuevo comienzo de todo, gracia regeneradora de la propia responsabilidad?

Vida acogida con amor

60. Son muchas las personas enfermas por falta de amor. Quien no encuentra en la vida acogida, amor y comprensión, fácilmente cae en la inseguridad, el resentimiento, el desprecio de sí mismo o el crecimiento raquítico. Para vivir y amar la propia vida de manera sana, la persona necesita sentirse apreciada y amada incondicionalmente por alguien, y no sólo por sus logros, sus éxitos o méritos, sino sencillamente por lo que es.

Por eso, la fe en Dios y en su amor incondicional y gratuito, ofrece al creyente una experiencia básica, sobre todo, cuando el entorno afectivo de la persona es precario e incluso hostil, para no perder la autoestima, para aceptar de manera pacífica las propias "sombras" y para seguir caminando con firmeza.

V.- AL SERVICIO DE LA VIDA

61. La vida humana es una tarea en la que todos nos hemos de sentir comprometidos. He aquí algunas sugerencias para actuar con más lucidez y responsabilidad.

La responsabilidad de vivir

La responsabilidad primordial de todo hombre y mujer es vivir. Amar la vida, cuidarla, desplegarla en todas sus posibilidades y conducirla a su plenitud.

Agradecer la vida

Nos quejamos tanto de los problemas, trabajos y penalidades de nuestro vivir diario, que corremos el riesgo de olvidar que la vida es un regalo. El gran regalo que todos hemos recibido de Dios. Si no hubiéramos nacido, nadie nos habría echado en falta. Todo habría seguido su marcha, y nosotros hubiéramos quedado olvidados para siempre en la nada.

Y, sin embargo, vivimos. Se ha producido ese hecho único e irrepetible que es mi vida. Nadie, antes de mí, ha sido igual que yo, ni lo será nunca. Nadie verá jamás el mundo con mis ojos. Nadie acariciará con mis manos, ni rezará a Dios con mis labios. Nadie amará con mi corazón. Mi vida es insustituible. Es tarea mía, y sólo yo la puedo vivir. Si yo no lo hago, quedará para siempre sin hacer. Habrá en la creación un vacío que nadie podrá llenar.

Por eso, lo primero es el gozo de existir. A pesar de todos los sinsabores, desgracias y penalidades, la vida es un don que hemos de vivir en actitud de agradecimiento y de alabanza. Es una equivocación pensar que la gracia de Dios se recibe sólo interiormente, de manera secreta e invisible en lo más oculto del alma, casi al margen de nuestro vivir diario.

La gracia se nos ofrece, sobre todo, desde ese Dios Creador que es la fuente misma de nuestro vivir diario y cuya presencia vivificadora se nos regala de múltiples maneras en el interior mismo de los acontecimientos, encuentros con personas y experiencias de la vida. Por eso, la vida del creyente es siempre acción de gracias: “Estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo, dad gracias, pues esto es lo que Dios en Cristo Jesús, quiere de vosotros” (1 Ts 5,16-18).

Vivir una vida humana

Aceptar y vivir el don de la vida no es sólo velar por el buen funcionamiento del organismo físico o cuidar el desarrollo armonioso del propio psiquismo, sino vivir como persona humana, desplegando de manera responsable todas las virtuales positivas del ser humano.

Algunos necesitarán, tal vez, vivir de manera más sana y moderada, siguiendo un ritmo más saludable de trabajo y descanso, cuidando mejor su alimentación o haciendo el ejercicio físico adecuado.

Otros pueden necesitar comprometerse en un trabajo personal que les ayude a ir pasando del resentimiento al amor, del aislamiento a la acogida amistosa, de la inseguridad a la confianza, del propio rechazo a una sana autoestima personal.

Bastantes necesitarán, tal vez, cuidar mejor su espíritu; reconciliarse con Dios para recuperar esa relación sana con Él, que, tal vez, ha quedado atrofiada y reprimida en su interior; liberarse de heridas y culpabilidades malsanas del pasado; dar un sentido nuevo y creador a la propia existencia. La conversión cristiana es siempre, de alguna manera, sanación de la persona.

Educar para la vida

62. Otra de las tareas es promover una educación más sensible al valor de la vida y a su defensa, capaz de aportar sentido ético a la persona, y de ofrecer una visión más integral y abierta de la salud.

Maestros de vida

Las nuevas generaciones necesitan encontrar en sus padres y educadores verdaderos “maestros de vida”. Lo que buscan no es sólo ciencia, información o adoctrinamiento ideológico. Necesitan también que alguien les muestre un camino acertado en la vida y les indique la dirección buena.

Pero, ¿cómo aprenderán a defender la vida como valor absoluto, si se les enseña que es necesario matar para lograr unos objetivos políticos, o se les inculca que es un progreso social introducir el aborto terapéutico el que interrumpe una vida molesta o no deseada por los padres?

¿Cómo educarlos para una convivencia pacífica, si sufren nuestra violencia e irritación y toda clase de agresividades? ¿Cómo contagiarles el gozo verdadero de la vida, si nos ven preocupados sólo por nuestro dinero o nuestra cuenta corriente? ¿Cómo sensibilizar su conciencia a una vida sana y digna, si ven que, para sentirnos vivos, necesitamos toda clase de evasiones y drogas?

Por otra parte, no es fácil que crezcan de manera sana, si los programamos sólo para la competitividad, el éxito o el poder. Ni que descubran la verdad última de la vida en una enseñanza reductora que les proporciona datos, cifras y códigos, pero no les ofrece respuesta a las cuestiones del sentido, la esperanza y los valores últimos de la existencia. No les ayudaremos a crecer en libertad, si desarrollamos en ellos el espíritu crítico, sin estimular, al mismo tiempo, la búsqueda de la verdad interior que libera a las personas. Difícilmente aprenderán a vivir una sexualidad humana integral, si sólo les ofrecemos información biológica.

En la comunidad cristiana

63. También las comunidades cristianas están llamadas a educar para una vida más sana, dando un contenido más integral y humano a los esfuerzos que realizan tantos hombres y mujeres de hoy para el cuidado de su cuerpo y de su estado psicológico. En nuestras comunidades se ha de recordar que la vida es un don de Dios que el hombre debe acoger, disfrutar y desarrollar de manera responsable en todas sus posibilidades, al servicio de los hermanos y a la gloria del Creador.

La catequesis de los niños, las actividades del Tiempo Libre, la educación de la fe de los jóvenes, la pastoral prematrimonial, los grupos de reflexión cristiana, la pastoral de la Tercera Edad, la escucha del Evangelio, la celebración litúrgica de la

salvación, pueden y deben hacer de la comunidad cristiana un lugar donde se aprende a vivir una vida digna y sana.

Una de las tareas más saludables y evangelizadoras de la comunidad cristiana ha de ser hoy mostrar prácticamente que seguir a Cristo y vivir con espíritu evangélico es cultivar el estilo de vida que mejor puede conducir a una autorrealización de la persona.

Compromiso por una vida más sana

64. Vivir de manera responsable una vida sana y hacerla cada vez más posible para todos es camino que conduce a una sociedad más humana.

El esfuerzo social

Saludamos con gozo la creciente preocupación social por la salud, tanto en la prevención como en el cuidado y tratamiento de las enfermedades. Alentamos también las iniciativas de carácter público o privado orientadas a favorecer una vida más saludable: lucha contra el alcoholismo y el tabaquismo, prevención contra la droga y rehabilitación de toxicómanos, iniciativas contra la soledad y la incomunicación, concienciación sobre el SIDA y la actuación responsable de los afectados, ayuda a las víctimas de la carretera.

Creemos también necesario alentar entre nosotros la promoción de una verdadera conciencia ecológica, frente a manipulaciones que la desvirtúan e instrumentalizan al servicio de intereses muy ajenos a la ecología.

La comunidad cristiana, fuente de salud

65. Una comunidad viva, capaz de acoger de manera cálida a los creyentes, puede ser un apoyo indispensable para la salud de no pocos hombres y mujeres, perdidos en medio de una sociedad donde crece la incomunicación, el anonimato y la agresividad.

Las relaciones fraternas en el seno de la comunidad, la celebración gozosa de la salvación, la vivencia cristiana del domingo a lo largo del año litúrgico, la oración comunitaria, la escucha de la Palabra de Dios, son otras tantas experiencias cuya fuerza sanadora hemos de valorar y acrecentar. Por su especial importancia, queremos destacar la celebración de la Eucaristía, como alimento de vida espiritual, y la celebración de la Reconciliación, en que el perdón de Dios cura de heridas, recuerdos y sentimientos de culpabilidad que pueden humillar y deprimir a la persona.

Pero la comunidad cristiana no puede irradiar salud cuando allí se vive de manera poco saludable. De ahí la necesidad de “sanear” nuestras comunidades eliminando de su interior la falsa religiosidad, el culto vacío, la moral enfermiza, las relaciones insanas y todo lo que puede ser fuente de neurosis y enfermedad. Nuestras comunidades han de ser más sencillas y gozosas, más cordiales y acogedoras.

Por otra parte, hemos de promover un estilo pastoral más sano y sanador, liberándonos del activismo exagerado y nervioso, alimentando nuestra acción en la oración contemplativa, unificando las actividades desde el amor pastoral, aceptan-

do con realismo nuestras limitaciones y debilidades, cuidando la comunión, manteniendo la confianza en el Padre.

Atención a la persona enferma

66. Una “sociedad de sanos y para sanos” no es humana. El enfermo, el minusválido, el débil, han de encontrar una atención preferente en toda comunidad atenta al ser humano.

Los profesionales de la salud

Todos hemos de celebrar el enorme avance de la ciencia médica, la asistencia hospitalaria, la cirugía y la farmacia, para combatir la enfermedad o, al menos, aliviar sus consecuencias dolorosas. A lo largo de estos últimos años, hemos visto desarrollarse entre nosotros residencias hospitalarias, ambulatorios, centros de salud, centros de asistencia a minusválidos, lugares de rehabilitación, talleres protegidos... y tantas otras realidades al servicio del hombre enfermo o herido. Es, sin duda, uno de los signos más positivos del progreso contemporáneo.

Al mismo tiempo, queremos reconocer y valorar la inestimable labor que realizan los profesionales de la salud. Hombres y mujeres que trabajáis tantas veces con generosidad y dedicación ejemplar, en condiciones no siempre fáciles: médicos, enfermeras, auxiliares, fisioterapeutas, psiquiatras, psicólogos, cuidadores de ancianos y minusválidos... Vuestra misión junto al hombre enfermo y doliente es una de las más dignas y nobles. Con palabras del Papa os queremos recordar que “lo que vosotros tratáis es la misteriosa y gran realidad de la vida de un ser humano, con su sufrimiento y su esperanza”⁸.

La deshumanización de esa gran misión se produce cuando se olvida que sólo la persona enferma ha de ser el objetivo de la estructura hospitalaria, la asistencia técnica y la actuación profesional, y cuando se introducen otros intereses de carácter lucrativo o ideológico, de prestigio profesional, o reivindicaciones laborales que no tienen en cuenta el bien de los enfermos y minusválidos.

Sin embargo, sois vosotros mismos, los profesionales de la salud, los que mejor podéis colaborar en una mayor humanización del servicio sanitario, criticando políticas sanitarias incorrectas, defendiendo los derechos del enfermo frente a injusticias y abusos concretos, promoviendo los comités éticos previstos por la legislación, desarrollando una atención más integral al enfermo, facilitando la adecuada asistencia religiosa.

El enfermo en la comunidad cristiana

67. Los enfermos han de encontrar en la comunidad cristiana la misma acogida y atención preferente que encontraban en Jesús. Para ello, es necesaria una buena organización de la pastoral de la salud y una atención cercana al grupo de cristianos comprometidos en ella.

El primer gesto de la comunidad ha de ser conocer a sus enfermos y acercarse a ellos. Que el enfermo sepa que no está olvidado, sino que es recordado, apreciado

⁸ A los participantes en un Congreso de Cirugía, 19 de febrero de 1987.

y querido por sus hermanos creyentes. Las necesidades del enfermo pueden ser múltiples. Algunos necesitan aliento y fortaleza en momentos de abatimiento y depresión; otros buscan orientación y asesoramiento; hay quien necesita compañía para afrontar su soledad, o ayuda económica. La comunidad cristiana, a través, sobre todo, de la pastoral de la salud, ha de estar al servicio total y gratuito del enfermo.

Acercarse a los enfermos significa también acercar la vida de la comunidad cristiana a los enfermos creyentes y practicantes. El campo es amplio. Se puede posibilitar su participación en la celebración eucarística en días señalados (Pascua, Pentecostés, Día del enfermo, Día de la parroquia); llevarles la comunión los domingos, y escuchar junto con ellos la Palabra de Dios que se proclama ese día; seguir impulsando la celebración comunitaria de la Unción de los Enfermos. Gestos sencillos como la eliminación de barreras arquitectónicas, atención especial a los minusválidos para su participación en los sacramentos, transporte de ancianos y enfermos a la misa dominical, preparación cuidada del Día del enfermo, visita discreta y oportuna al domicilio, dan un rostro nuevo a la comunidad.

Queremos resaltar de manera muy particular a las comunidades de religiosas y religiosos, que viven entregados al servicio y atención de los enfermos físicos y psíquicos, movidos por su espíritu de amor a los más necesitados y desvalidos. Ellos son el mejor testimonio y estímulo para las comunidades cristianas.

Presencia evangelizadora en el mundo hospitalario

68. La hospitalización exigida por la asistencia técnica distancia hoy al enfermo de su hogar y de su comunidad cristiana. De ahí la necesidad de promover en cada centro hospitalario la presencia de un equipo evangelizador que acoja al enfermo durante su permanencia allí y lo atienda como prolongación de la comunidad cristiana de donde proviene y a la que ha de volver.

La tarea de este equipo, compuesto por el capellán, profesionales seculares, religiosos y religiosas, es amplio: contribuir a una humanización cada vez mayor de la atención al enfermo; asegurar la presencia cercana a los enfermos más necesitados, solos o desvalidos; ayudar a los profesionales cristianos a realizar mejor su vocación profesional y creyente; colaborar en la creación de comités de ética; cuidar la atención religiosa adecuada a los enfermos.

Queremos insistir en la importancia de asegurar una relación y colaboración, lo más estrecha posible, entre las parroquias y los capellanes y responsables de la asistencia religiosa en los centros hospitalarios. Colaboración que ha de tener como objetivo principal el procurar al enfermo el entorno humano y cristiano que necesita para vivir dignamente su enfermedad o su cercanía a la muerte, y que no siempre encuentra en las estructuras sanitarias.

Los sacramentos de enfermos

69. La Iglesia, prolongación de Cristo y “Sacramento de salvación” para los hombres, ofrece la gracia salvadora y sanante de su Señor con una densidad particular en y a través de los gestos sacramentales. De ahí la necesidad de valorar y celebrar mejor los sacramentos de enfermos.

La Eucaristía, celebrada por la comunidad cristiana, y el Viático que hace llegar hasta el enfermo, son el signo más expresivo que ella puede ofrecer de la gracia que salva, el estímulo mejor para la curación, la mejor ayuda para vivir de manera cristiana el sufrimiento.

Hemos de recuperar también toda la fuerza salvífica y sanadora del sacramento de la Reconciliación. En su celebración, el sacerdote ha de recordar que actúa en nombre de aquel Jesús que se acercaba a los enfermos, no como juez, sino como sanador que los reconciliaba con Dios y los llenaba de vida, perdón, paz y salud. Cuántos cristianos, no sólo los enfermos, podrían encontrar hoy en este sacramento una verdadera fuente de salud interior y de pacificación con Dios, consigo mismos y con los demás.

La Unción de los Enfermos, sobre todo cuando es celebrada comunitariamente o con la mayor participación posible, es el sacramento que culmina la acción sacramental sanadora de la comunidad hacia sus enfermos. Este sacramento es el gesto más expresivo de la Iglesia que, desde su debilidad y, al mismo tiempo, desde la fortaleza de su fe, desea, pide y busca para el enfermo la salud total.

Acompañar la vida malograda y sin esperanza

70. Queremos que nuestras últimas palabras sean para los que, creyentes o no, acompañáis las vidas malogradas y estáis junto a los que han perdido la esperanza. Pensamos, sobre todo, en quienes, en el seno de la familia, cuidáis con paciencia y amor a vuestros mayores deteriorados por la vejez; los padres que vivís pendientes de vuestro hijo minusválido; los que trabajáis aliviando a los incurables y acompañando a los terminales en su camino hacia la muerte; los que veláis por los grandes inválidos o los necesitados de un cuidado total; los que os acercáis a los vagabundos e inadaptados, destruidos por el alcoholismo y una vida infrahumana; los que, desde Proyecto Hombre y otros servicios semejante, infundís un espíritu de lucha en la vida de los drogadictos; los que cuidáis y defendéis a los enfermos del SIDA de la soledad, la segregación y su propia autodestrucción; los que, desde el Teléfono de la Esperanza y otros servicios, escucháis y alentáis la vida de quienes están a punto de malograrla, vencidos por la soledad, la impotencia o la desesperanza.

Cuidando esas vidas aparentemente privadas de valor, sois en nuestra sociedad los testigos más transparentes del amor y la defensa del ser humano. Muchas veces sentiréis, en vuestro trabajo y dedicación, la impotencia, la frustración e, incluso, la agresividad y el rechazo de los mismos a quienes cuidáis. Pero estáis ofreciendo a esos seres la compañía cercana que necesitan para no hundirse definitivamente en la inseguridad, el abandono y la desesperación. Guardianes fieles de sus vidas, ponéis en torno a ellos el calor humano que los defiende de la destrucción y de la muerte. En vosotros encuentran muchos de ellos “un amigo para la vida” hasta la muerte. En vosotros y a través de vosotros, Dios los acompaña en silencio y los conduce hacia una vida indestructible. Ese Dios, en el que a algunos de vosotros os cuesta tal vez creer, pero que es el único lugar seguro en el que hasta los seres privados de toda esperanza pueden encontrar salvación.

71. En medio de esta sociedad que se debate entre el temor al sufrimiento y el deseo de salud, entre las frustraciones de la vida y el anhelo de vivir, seguimos creyendo que Cristo es también hoy para el hombre “camino, verdad y vida” (Jn 14,6). Su muerte en la cruz ha venido a ser “la muerte de la muerte”. Su resu-

Su muerte en la cruz ha venido a ser “la muerte de la muerte”. Su resurrección se ha convertido para nosotros en fundamento y promesa de vida eterna.

Os invitamos a los creyentes a celebrar, en la Pascua ya cercana, el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo como misterio de salvación que nos invita desde ahora a morir al pecado que deshumaniza y mata, y a resucitar a una vida nueva y más saludable. Os animamos a encontrar, en el Crucificado por los hombres pero Resucitado por Dios, la fuerza y la esperanza para enfrentarnos día a día al sufrimiento, la enfermedad o la desgracia. María, invocada con fe por el pueblo cristiano como “salud de los enfermos” y “consuelo de los afligidos” nos acompaña.

La esperanza última de los hombres está en Aquél que un día “enjugará las lágrimas de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, pues el mundo viejo habrá pasado” (Ap 21,4). También a los que no compartís nuestra fe, queremos comunicaros, a pesar de las contradicciones dolorosas que acompañan la vida humana, y de la oscuridad inquietante que amenaza siempre al ser humano, la esperanza cristiana: “Al que tenga sed, Dios le dará gratuitamente del manantial del agua de la vida” (Ap 21,6).

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
4 de marzo de 1992
Miércoles de Ceniza

† **José María**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela
† **Luis María**, Obispo de Bilbao
† **José María**, Obispo de San Sebastián
† **José María**, Obispo de Vitoria